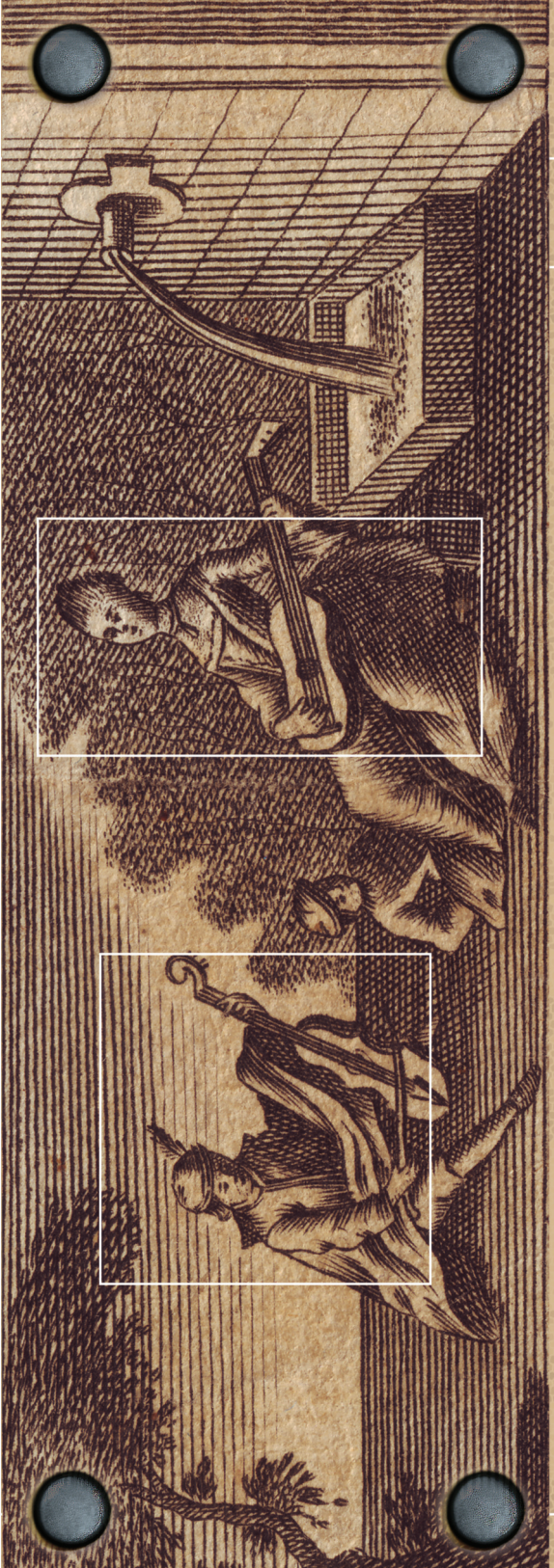

Motivos Lugareños

Apostillas Históricas

Emilio
Menotti Spósito

Prólogo
y Epílogo
Luigi López
Carlos Chalbaud Zerpa

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
VENEZUELA

Ediciones del Rectorado
Talleres Gráficos Universitarios

Motivos Lugareños
Apostillas Históricas

Léster Rodríguez Herrera
Rector

Humberto Ruiz Calderón
Vicerrector Académico

Mario Bonucci Rossini
Vicerrector Administrativo

Nancy Rivas de Prado
Secretaria

Rolando Corredor Trejo
Director Talleres Gráficos Universitarios

Emilio Menotti Spósito

Motivos Lugareños
Apostillas Históricas

UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
MÉRIDA VENEZUELA

EDICIONES DEL RECTORADO
TALLERES GRÁFICOS UNIVERSITARIOS
MÉRIDA-VENEZUELA

Motivos Lugareños. Apostillas Históricas
Emilio Menotti Spósito

Edición Príncipe propiedad de la colección de Libros Antiguos
Caminando por la ciudad del ayer
de Luigi López

© Edición Príncipe de E.M.S, 1930
© Segunda edición, Universidad de Los Andes,
Ediciones del Rectorado,
Talleres Gráficos Universitarios, 2008

Compilador: Luigi López
e-mail: lopezluigi@hotmail.com

Reimpreso con motivo de la conmemoración de los 450 años de la ciudad de Mérida, y a setenta y ocho años de la primera edición.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal: LF23720089001756
ISBN: 978-980-11-1189-4

Transcripción del original: Lic. Ana J. Albarrán, 2003
Diagramación: Deyanira Uzcátegui
Diseño de portada: César Izarra
Corrección: Nélida Moreno

Impresión: Universidad de Los Andes
Talleres Gráficos Universitarios, Mérida
talleresgraficos@ula.ve

Impreso en Venezuela – Printed in Venezuela

PRÓLOGO

A la segunda edición

En el año de 1930 el papa Pío XI[1] (1857-1939) dirigía el mundo católico. Entre sus numerosas gestiones fundó la radio del Vaticano. Estratégicamente en los pactos lateranenses reconoció al Estado italiano, y este a su vez reconocía al Estado de la ciudad del Vaticano, lo cual constituyó un logro importante para el poder de la Iglesia, que a partir de ese momento se desligaba de las decisiones políticas del país y tomaba sus propias resoluciones, soberanía que utilizó para que sus espacios físicos no fueran ocupados por los nazis.

En los primeros meses de ese año, la opinión mundial es sorprendida con la noticia de la caída de la dictadura de Miguel Primo de Rivera (1870-1930) en España. El general

---

1 El Cardenal Aquiles Ratti, antes de ser elegido Papa, fue Director de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, en el período 1922-1930. Con su fe contribuyó a la fortificación de la Iglesia. En pleno auge del fascismo, famosa fue su Encíclica "Mit brennender sorge", en la cual condena la doctrina del nacional-socialismo, donde el concepto de valor humano queda marginado. Véase Juan E. Schenk Sanchis, *Compendio de la historia de los papas*, Edicep.c.b., Valencia, España, 2000.

Dámaso Berenguer asume el poder con el apoyo del rey Don Alfonso XIII (1886-1940), quien estaba involucrado en el golpe de estado; es el comienzo de una gran crisis política que conduce a la guerra civil, que durará seis años. Un poco antes Ramón Menéndez Pidal publicaba su obra *La España del Cid* y Jorge Luis Borges *Evaristo Carriego*, a la vez que muere el gran escritor Gabriel Miró Ferrer.

En Inglaterra Alfred Hitchcock (1899-1980) realiza las películas *Juno and the Peacock* y *Murder*; curiosamente esta última era una producción con dos versiones simultáneas, una con actores ingleses y la otra con actores alemanes; su reto, en este su segundo film sonoro, era acoplarse a trabajar en dos idiomas, un riesgo para alguien que se estaba forjando su lugar en el género del suspenso.

En Hollywood se entregaba por segundo año el Premio "Oscar". En esa ocasión se le otorgó a la película *Sin novedad en el frente* de Lewis Milestone, y el film más visto fue *El Ángel azul* del alemán Josef von Sternberg.

En Venezuela se vivía el largo período de la dictadura del general Juan Vicente Gómez (1857-1935). En esos años se producían varias románticas intentonas para derrocar al jefe absolutista: la toma de Curazao[2] liderizada por

---

2 Gustavo Machado (1898-1983) y Rafael Urbina (1897-1950), el 8 de junio de 1929, lograron el control total de Curazao, haciendo preso al gobernador de la Isla, toman el vapor americano "Maracaibo" y se disponen a invadir a Venezuela por La Vela de Coro, la operación fue un fracaso. Véase Gustavo Machado, *La toma de Curazao*, imprenta Myria, Barcelona, España, s/f.

Rafael Urbina y Gustavo Machado; la invasión del "Falke" dirigida por el ex convicto de La Rotunda, el general Ramón Delgado Chalbaud (1882-1929); y en el interior del país el levantamiento en armas del general José Rafael Gabaldón[3] (1882-1975), todos intentos fracasados.

Mas no todas las noticias refieren conflictos: por una parte el país cancela la deuda externa; por la otra, en un gesto de reconciliación con la Iglesia, el general Juan Vicente Gómez le revoca a monseñor Salvador de Montes de Oca[4] la medida de expulsión del país; se funda la Compañía Telefónica de Venezuela; se conmemora el primer centenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar; en todos los estados del país se realizó una programación especial, por orden del Benemérito, como uno de los actos centrales se inaugura el Monumento de Carabobo.

En Mérida, ciudad en los límites de lo rural, presidida por el general José R. Dávila, se preparaba la celebración del Centenario con una variedad de actos. Con tal fin se creó una comisión y se nombró presidente de la misma a Tulio Febres Cordero; como primer vicepresidente se designó al obispo J. Clemente Mejías; segundo vice-presidente el Dr.

---

3 El general se declara en campaña contra el régimen en su hacienda del Santo Cristo en Guanare, logra movimientos a su favor en Boconó, El Tocuyo y Biscucuy. El general José Antonio Baldo, presidente del Estado logra su captura y es enviado a la Fortaleza de San Felipe, en Puerto Cabello; entre otros reclusos ahí estuvo Andrés Eloy Blanco.

4 Obispo de Valencia, estado Carabobo, muere el 6 de septiembre, fusilado por los nazis en La Cartuja de la Farneta, Lucca, Italia. Véase Otto Campos Quintero, *A la defensa de una mártir*, Italgráfica, Caracas, 1999.

Gonzalo Bernal; vocales: J. D. Paoli, Miguel V. Febres Cordero, Pedro José Godoy, R. A. Rondón Márquez y Zacarías A. Sánchez; y secretario Raúl Chuecos Picón. Este grupo de ilustres merideños tendría la responsabilidad de elaborar y organizar el programa a ejecutarse en la ciudad desde el 16 hasta el 21 de diciembre de 1930, que incluyó cuatro solemnes funerales, un gran número de responsos y una misa de réquiem. El episcopado venezolano emitió una medalla conmemorativa y el día 17 de diciembre, por espacio de media hora, desde la una de la tarde, todas las iglesias de Mérida tocaron dobles mayores en sus campanarios.

Por su parte, el gobierno nacional decretó la inauguración para el día 17, de todas las obras públicas que estuvieran en etapa final en todo el país. Al efecto, en nuestra ciudad se inauguró una serie de importantes obras que han sobrevivido hasta nuestros días, entre ellas la estatua ecuestre del Libertador Simón Bolívar, en la plaza del mismo nombre; la plazoleta de La Columna, en la antigua entrada a la ciudad (restaurada); el monumento al coronel y alcalde de la ciudad, Vicente Campo Elías (1772-1814), prócer de la Independencia, en la plaza Glorias Patrias: las caminerías y el obelisco en honor a El Soldado desconocido, en la actual plaza de El Espejo; el medallón de Bolívar y Humboldt en la calle Juan Vicente Gómez, hoy avenida Lora; y se concluyó el encementado de catorce cuadras del centro de la ciudad que se había comenzado dos años antes con el plan de la rehabilitación nacional[5].

---

5 Centenario de la muerte del Libertador, Programa General, Tip. El Lápiz, Mérida, 1930, en el Archivo General del Estado Mérida, fondo gobernación.

Merece la pena mencionar el hecho curioso de que para la inauguración de estas obras, se hacía cada día un desfile cívico que partía desde la plaza Bolívar hacia los diferentes lugares programados, costumbre que venía desde finales del siglo XIX. La procesión cívica era encabezada por las autoridades civiles y eclesiásticas, le seguían dos distinguidas personalidades o estudiantes de alto rendimiento de la Universidad, que portaban grandes retratos, decorados con flores, de los diferentes héroes de nuestra independencia, encabezados por el Libertador; a continuación iban los niños que representaban a los países bolivarianos; luego las escuelas federales, con sus típicos uniformes de kepis y pantalón corto de caki; seguidamente las sociedades de la ciudad, las Hijas de María, el Santo Niño de Atocha y las Damas del Club Mérida, junto con los Consulados de Alemania, España e Italia, en representación de los numerosos emigrantes de esos países que vivían en la ciudad; y luego el pueblo de Mérida, cuya población en todo el estado no llegaba a ciento cincuenta mil habitantes[6].

En los actos de cada día, el discurso estaba a cargo de alguna personalidad relevante de la ciudad. A Emilio Menotti Spósito, autor del presente libro, le correspondió dar su discurso en la plaza de El Llano, en el acto de develación del busto del coronel José Antonio Rangel[7]

---

6 Magali Burguera, *Historia del estado Mérida*, Edic. de la Presidencia de la República, Caracas, 1982, p. 168.

7 Merideño, maestro en Filosofía, abogado, coronel del ejército en la guerra de Independencia; se incorporó a la lucha después de los sucesos del 19 de abril de 1810; acompañó al Libertador en la campaña del sur. Muere en Maracaibo. Véase Vicente Dávila, *Próceres merideños*, Imprenta Nacional, Caracas, 1970.

(1789-1821); luego la procesión cívica continuó hacia la plaza Glorias Patrias. En la noche, con banda musical y fuegos pirotécnicos, se encendieron las luces del nuevo alumbrado eléctrico de la Plaza Bolívar.

Para contribuir con los actos conmemorativos del centenario de la muerte del Libertador, don Juan José Oviedo se dio a la tarea de recopilar los cuentos y artículos publicados por Emilio Menotti Spósito en algunos periódicos a principios del siglo XX, y con su autorización editó un libro bajo el título de *Motivos lugareños, apostillas históricas*, el cual sale de su taller tipográfico en el mes de octubre de ese año. No tenemos noticias ni reseñas acerca del criterio de los círculos intelectuales locales sobre la obra de Menotti Spósito, lo que sí nos atrevemos a señalar es que posiblemente este sea el primer libro editado en Mérida de una recopilación de discursos y artículos periodísticos.

El presente trabajo está conformado por sucesos y personajes de la vida cotidiana de la Mérida de entonces. Don Emilio Menotti Spósito a través de sus cuentos nos introduce en el túnel del tiempo, y desde ese privilegiado balcón, como lectores, descubrimos la atmósfera, la sociedad y las costumbres que hacían vida en la ciudad que él vivió. Desde la escritura-texto, él asume la posición del testigo que sin mayores pretensiones históricas y con un lenguaje que descubre un léxico y una gramática de sus tiempos –incluso haciendo uso de palabras en desuso o arcaísmos– cuenta la limpia anécdota o acontecimiento, sin intervenir para analizar o adornar el cuento. Revela sobre el papel una especie de ejercicio fotográfico pero a través de la memoria

escrita, sin la aspiración preestablecida de ir al encuentro de un lector del futuro, tan lejano en el tiempo como el presente siglo XXI.

Por ello pensamos que esta obra nos aproxima un poco más a la historia de nuestra ciudad y a la estilística de nuestros hombres de letras de esos años. Hay que hacerse de un tiempo apacible, sin interrupciones, para sumergirse en estas páginas y conocer un poco más del hombre merideño, del otro, de ese "otro" que nos antecedió en el espacio-tiempo, para así comprendernos con más profundidad.

Gumersindo Emilio Menotti Spósito Díaz (1892-1951), nació en la ciudad de Mérida. Hizo sus estudios de Derecho en la Universidad de Los Andes, donde se graduó de abogado el 22 de diciembre de 1923. Optometrista, minerólogo, ensayista, poeta, librero, empleado público y periodista, fundó alrededor de doce periódicos de corta vida: *Ecos de los Andes, Gaceta de la librería venezolana, La voz municipal, La cordillera*, entre otros. Después de haber estado preso en la fortaleza de San Carlos, en Maracaibo, por no ser simpatizante del régimen gomecista, vivió en Caracas, Margarita, El Tocuyo, Barquisimeto y Barinas. Al regresar a Mérida se instaló en su casa materna, en la avenida dos Lora[8], donde en otros tiempos su madre, doña Mercedes Díaz, había tenido una residencia estudiantil[9].

---

8 Ubicada entre las calles 18 (Fernández Peña) y 19 (Cerrada), al frente de la antigua distribuidora Boulton, la casa ya no existe.

9 Información suministrada vía telefónica por el Dr. Carlos Chalbaud Zerpa.

En este inmueble abre su consultorio de optometrista e instala su librería de libros usados, la cual ya había fundado en Caracas[10]. Aparte de esta librería, tenía una de las bibliotecas privadas más importantes de la ciudad, heredada de su padre, Don Menotti Spósito, la cual se encargó de duplicar. Esa biblioteca de la avenida 2, cercana al sonido del río Albarregas, fue sitio de encuentro y de tertulias de los noveles poetas de esa Mérida, cuyas innumerables y largas conversaciones giraban alrededor de profundos temas filosóficos o literarios. Así lo recuerda desde Chile, el escritor merideño Mariano Picón Salas (1901-1965), en carta enviada a su maestro:

> (…) por la variedad de su ingenio, de su efusión y de sus anécdotas, era el compañero mayor, y más buscado por quienes iniciábamos nuestras primeras exploraciones por el mundo y la misteriosa comarca del arte (…) para sus contertulios tenía usted, Emilio, a más del mejor ron que destilaban los lejanos trapiches de tierra caliente, de su colección mineralógica (pues fue usted quien descubrió minas de esmeraldas en el páramo de Mucuchíes), de sus viejos volúmenes de biblioteca nacional en que se pelearon durante sesenta años liberales y godos recalcitrantes, todo un acendrado y oculto paraíso de

10 En la colección de Libros antiguos de mi biblioteca se conservan dos ejemplares que pertenecieron al patrimonio bibliófico de Emilio Menotti; mantienen su sello de agua y su caligrafía; *Biografía de Don Diego de Losada* de fray Froilán de Ríonegro, Imprenta Nacional, Caracas, 1914 y *El agricultor venezolano*, de José A. Díaz, Imprenta Nacional de M. de Briceño, Caracas, 1861.

> la literatura prohibida, usted nos hacía leer –grave pecado en el pudibundo y catolicísimo ambiente de Mérida–, "Las flores del mal" de Baudelaire, las deliciosas novelas de Queiroz y rematando más el tiempo hasta el "Diccionario filosófico" de Voltaire.[11] (…)

Así como su abuelo materno, el trujillano Jacinto Plaza[12], socorría las necesidades físicas de los pobres, Emilio seguía sus pasos y alimentaba el espíritu inquieto de los jóvenes merideños ávidos de conocimiento.

Don Emilio no fue nunca propietario de una imprenta, como lo afirman algunos autores, sino un editor ocasional. La confusión viene porque su librería de libros usados y una imprenta de la ciudad, propiedad del Sr. Juan José Oviedo, tenían el mismo nombre: "La librería venezolana". Juan José Oviedo era un caroreño establecido en Mérida, que publicó varios trabajos de Emilio Menotti Spósito[13].

Al igual que Francia, esa Mérida también tenía sus "tres mosqueteros", hombres ávidos de conocimiento, investigadores, contertulios y amigos incondicionales: Eloi Chalbaud, Alfonso Altuve y Emilio Menotti; posiblemente era algo cotidiano conseguirlos a los tres en las calles de

---

11 Mariano Picón Salas, *Nieves de antaño*, Edic. de la Asamblea Legislativa, Mérida, 1981, pp. 243-244.

12 Varios años después de su muerte, se transforma para los merideños en un alma milagrosa; su tumba, hoy en día una capilla, se encuentra en el cementerio de El Espejo.

13 En el pie de página de los libros publicados por esa editorial se ubica esta información.

Mérida en amena conversación. Compartían lecturas, sueños y proyectos literarios, reflexiones que se prolongaban en sus paseos a la montaña, en sus casas y en las noches de bohemia.

Don Emilio enfermó a principios del mes de enero del año 1951 y, según indica la partida de defunción, murió el veintisiete del mismo mes a las cinco de la tarde, en el Hospital Los Andes, a causa de una gastritis crónica. Tenía sesenta años[14].

Era imposible elegir otro momento para la partida: la hora en que la claridad del día toma otro matiz, la calidez del final de la jornada, con una luz inclinada en despedida. Una hora célica: las cinco de la tarde, marcada y celebrada por la poesía universal, y él era justamente eso: un poeta.

Luigi López
Mérida, mayo 2007

14 Eloi Chalbaud Cardona, *Signos de Mérida y de Emilio Menotti Spósito*, Academia de Mérida, Mérida, 2003, p. 62.

"En el nombre del Padre, que fiso toda cosa,
e de don Jesucristo, fijo de la Gloriosa"

LAS VIDAS

Fragmento Epistolar

I verá usted que a pesar de todo se vive.

Hay nobles vidas, vidas-orquídeas, altas, inmensamente altas sobre la anonimia de la yerba: Vidas que se abren en pétalos polimorfos y nacarados, sonrosados y tenues para besar al Sol cuando nace y decir a las estrellas, cuando él muere, su canción de despedida. I hay las vidas-soberbias, las vidas-robles, pujantes y viriles en la espesura inviolable del bosque; y hay las vidas-ingenuas, las vidas-rosas, vidas de vírgenes trabajadoras y hurañas, en la dulce paz de la provincia indo-española. Las vidas-violetas que marchitan la mirada profana. I las vidas-vulgares, las vidas-yerbas, las pobres vidas anónimas que a cada paso sufren, con rigor inclemente, el roce asqueroso de la víbora, el reflejo multicolor del lagarto y la baba inmunda del pesado caracol.

A muchísimos metros de altura, en nuestros páramos, bajo los hielos perpetuos, conocen los botánicos una planta alba y castísima. No sé como la clasifican los sabios. Pero

esta rara planta, para mí que soy un poeta, es la vida noble y sana, fuerte y misteriosa del Artista, bajo el hielo de la Indiferencia, en el páramo del Olvido.

PUESTA DE SOL

El sol doraba con sus rayos las cúpulas de las torres y los capiteles de los altos edificios.

Desarrapado y sucio, un chicuelo pordiosero caminaba lentamente por la calle. Catorce años ponían en sus labios una sonrisa de vida, de amor.

Acaso era poeta ese rapaz vagabundo que sentía la vida como un cuervo trágico, roer sus entrañas y que sin embargo sonreía. Yo amo la vida de esos niños bohemios, que tienen una noble sonrisa de paz y de amor para el perro doliente de la urbe, para el desprecio de los potentados y para el sarcasmo inclemente de los necios.

I aquella tarde lo vi alejarse calle abajo, silbando un aire lugareño y mendigando el centavo miserable y providente. I vi también cómo, extenuado y tal vez enfermo, acostóse sobre la hierba y los guijarros de la vía y durmióse bajo la caricia de un sol de oro. A la mañana siguiente todavía estaba allí su cuerpecito, inerte, pálido, sin vida, apagadas para siempre las pupilas que enantes eran fuentes de amor y de esperanza, y en la boca la casta flor de un beso, la última unción puesta allí, ante el Dios atareado y el hombre indiferente, por un can vagabundo y cariñoso...

INSTANTÁNEA

Repugnante cuadro aquel, desarrollado a los murientes resplandores de cuatro hachones.

La sala hedionda a miseria, tenía para mí algo de terrible; los rostros compungidos se me improvisaban trágicos y hube de creer que, huidos de la cárcel, allí escondían sus crímenes vulgares malhechores. Un cuerpo sin vida, sobre una mesa, en mitad de la sala, el cuerpo de una pobre anciana decía de muchos dolores, de muchas crueldades. Acaso había sucumbido el peso del infortunio, al flagelo de la desgracia.

Las facciones de aquella mujer, perfiladas por la muerte, tenían un no sé qué de místico. Yo creía adivinar en ella una santa.

Un joven vestido de negro, un hijo de vecino, repartía alcohol y cigarrillos a varios hombres que charlaban sobre cosas baladíes. I una muchacha de quince años, en cuyo rostro el pecado puso desvergüenza, apoyada en la mesa mortuoria, reía a carcajadas oyendo las palabras amorosas que el hijo de la muerta desgranaba apasionado en sus oídos. Miré maquinalmente el cadáver y creí percibir un

ligero movimiento de sus labios descoloridos, que heló la sangre de mis venas.

I salí, porque la atmósfera se me hacía irrespirable y porque presentí la tragedia en el gesto glacial de la difunta anciana ...

LA ÚNICA SONRISA

Aquel hombre era Jesús de Nazareth.

I aquel hombre era bello, como hecho de carne, de lirios y esencia de inmortalidad.

Sentado sobre una roca del camino, apoyada la mejilla sobre la mano izquierda, meditaba.

-En qué?

En todas las cosas feas del mundo, en la hipocresía de los Escribas, en la traición de los Judas, en la cobardía de los Pilatos, en las crueldades de Longino* y en las iniquidades e injusticias de la plebe imbécil.

Un hombre panzudo se le acercó. No calzaban sandalias sus pies deformados, ni túnica de Múrice caía sobre sus hombros, ni rizada melena ondulaba a impulsos del aire del crepúsculo. Un cristal ovalado tapaba uno de sus ojos; un lazo de tela roja ceñía su enorme cuello de animal domesticado por Fortuna, acariciado con dedos de oro y con alimento de gemas fúlgidas.

I el hombre dijo a Jesús de Nazareth:

-Yo soy el Rey de la Caña de Azúcar, el príncipe del Cacao y el Archiduque de la Sal marina. Te necesito. Los peones de mis haciendas se han sublevado contra mí, y los trabajadores de los criaderos salinos, por dos centavos menos en su jornal, por dos centavos, declarádose han en huelga. Si es verdad que tú, como lo dices, eres Hijo de Dios, y si cierto es que obras milagros y practicas maravillas, haz que los peones vuelvan a mis fundos, y que esos miserables exploten para mí las sales del mar y llenen mis graneros del zumo coagulado de las cañas y del aromado fruto de los cacaotales. I podrías luego, si lo deseas, permanecer en mis haciendas, dirigir mis peones, en lugar de sufrir las inclemencias de tu vida bohemia, a plena agua y pleno sol...

I Jesús de Nazareth por primera y única vez, sonrió sobre las barbas del todo poderoso...

* Cayo Casio Longino, fue el centurión que traspasó el costado de Cristo con su lanza, conocemos del suceso por San Juan 19, 30-37. Después de su experiencia con Jesús, Longino se va a Cesarea de Capadocia, actual Kayseri, Turquía, donde muere decapitado por ser cristiano. El primer documento que habla de Longino, son los evangelios apócrifos de Nicodemo, se le menciona en los hechos de Pilatos. En el Santoral Cristiano su día es 15 de marzo.

AL OÍDO

Bien. Te diré una historia triste. La historia de Magdala, la amiga de Jesús. Era de Galilea, allá en Oriente y muy lejos de aquí. Tenía trece años tan solo, y bajo un sicomoro florido, en la paz de una tarde de abril, se entregó a un mercader venido de Betania. Ofrecióle el mercader especias de Zeilán, vino de Chipre, ónices de Pharos, metales preciosos del templo de Salomón. Pero María, la pecadora, habló así al mercader:

–Para qué quiero tus riquezas, si lo que he perdido, por mi culpa, ni con tu vida me sería pagado.

I el mercader, entonces rióse de la muchacha, y así le dijo: –En Roma, por medio talento, harto estoy de gozar primeras caricias. ¿Qué quieres?

–I Magdala:

–Quiero que me ames.

Mas el mercader continuó por el camino silente, arreó sus camellos cargados de tesoros, y dijo para sí: el amor no ha entrado nunca en mi corazón...el amor...

I qué es el amor?

I se alejó pensativo.

*
**

La historia de Magdala no termina aún, tú lo sabes. Conoció al Rabí. Obtuvo su sonrisa y su perdón. Porque amó mucho...Pero ya es tarde, Mimí. Tengo sueño. Apaga...

LA VENGANZA DE LAS ALAS

Fue en una bella tarde avileña, cuando la mariposa de las alas de oro cayó, herida por el céfiro, en el pantano inmundo.

Las ranas pobladoras del lugar, acostumbradas al ambiente metafísico, croaban un son monocorde y áspero al sol que se extinguía tras las serranías del occidente. Odiaban al sol metódico y a las montañas enhiestas, pobladas de gorjeos de aves y de aromas de árboles.

Odiaban al astro poderoso y benéfico, que da vida con sus rayos, y a la montaña orgullosa, por su eterna lección de Coraje. A la montaña buena que sanea los aires enrarecidos y pestilentes de las ciudades grandes.

Las ranas odiaban lo Noble y lo Fuerte, I vivían felices en el pantano inmundo.

I, deslumbradas por aquella gema vivida que la crueldad del céfiro traía a su pantano, las ranas enloquecidas de rabia, croaron esa tarde de un modo inusitado. Los tímidos gorriones no sabían qué pensar de aquel escándalo. I el alado animalito tuvo miedo, y arrastrándose sobre el cieno, con sus alas rotas, logró ponerse a salvo. Las ranas no perdonaron las facetas multicolores y bellas de la extraña gota de luz.

I se fue...Pero en castigo a su egoísmo inhóspito, los batracios contemplaron, sorprendidos, un raro fulgor de piedras preciosas, que abrillantaba el sol, en sus pieles brunas.

Estaban cubiertos de oro...

EL AUTOMÓVIL*

Rápido y majestuoso, hendiendo el espacio en una loca carrera de monstruo apocalíptico; en la oscuridad de la noche, tal así como una infernal visión dantesca, con sus dos ojos de fuego que asesinan las sombras y las ahuyentan temerosas, cruza el automóvil, crepitante y sonoro, por las calles conventuales de la ciudad del extremeño. Parvadas infantiles, legionarios de bohemia, burgueses egoístas, en el dorso del monstruo se muestran satisfechos de la vida, con la ilusión pujante del dominio, rápido y fugaz, pero cierto, sobre el acero, elemento que destruye vidas, y sobre el fuego, elemento que calcina ciudades. Un perro, tradicionalista ladra furiosamente ante el vehículo de Plutón, donado a los hombres por el dios bravío en hora del desprendimiento olímpico: el monstruo, ofendido, destruye al perro.

Se encabrita el corcel fogoso, hace esfuerzos supremos el jinete para contenerlo, pero da al fin con su cuerpo en tierra, vencido ante el monstruo que continúa su camino, indiferente al dolor del hombre. Luego enérgico y valiente, respirando odio y destrucción, el monstruo buscará al monstruo, y ambos, en las tinieblas, o ante la luz difusa de las candilejas eléctricas, empeñarán terrible lucha y rodarán, desarmados por el fango de la vía.

El campesino teme al monstruo; deja en su cortijo el grano y la fruta providentes, y no los lleva a la feria, como en los días de la jaca y del borriquillo, por temor a que el asno, con su carga preciosa, ruede temeroso al abismo, en cuyo fondo el río murmura letanías indescifrables y monólogos sabios.

Yo he visto a una anciana caer de la bestia, y he oído el crujir de sus huesos en las piedras de la calle. El monstruo, silbante y malévolo, hizo caer a la anciana y abrevió los días de su existencia enferma, que pretendía alargar unas horas más, con mixturas alopáticas, en la ciudad caballeresca de occidente.

I es que el monstruo no teme a nadie, en el libertinaje de su omnipotencia. El monstruo es un conquistador, y viene de tierras lejanas y viriles, de tierras de conquistadores, de las tierras de los hombres fuertes, de esas tierras potentes y grandes, que dijo el maestro nicaragüense. Ellos vendrán también, y con los silbidos de sus vapores y el tronar de sus cañones, derribarán a la anciana enferma y desvalida, centenaria y paupérrima, que "aún reza a Jesucristo y aún habla en español".

---

* Un "Willis Overland" fue el primer carro que llegó a Mérida, julio de 1916, su dueño el General Amador Uzcátegui (1873-1927) presidente del Estado, dos años después, el 16 de septiembre de 1918, se crea el "Reglamento para el servicio de automóvil"; los primeros "certificados de actitud para conducir" se le otorgaron a Carlos Gallipolli, chofer y, a Alberto Duhamel, primer mecánico de la ciudad; cinco años más tarde, en 1921, el Concejo Municipal del Libertador había entregado cinco permisos para conducir. Archivo General del Estado Mérida (AGEM), en fondo de la gobernación; *Gaceta Universitaria*, 31 de julio de 1916, p. 615. Biblioteca Central ULA; ver *Semblanza de un Caudillo* de Pedro Vetencourt Lares.

SUICIDA

Llegó a las puertas de las ricas moradas de sus parientes, y no le fueron abiertas.

Mendigó un pan, y no fue oído.

Tuvo sed, y suplicó agua, y nadie acercó una copa a sus labios resecos; y fue a una cisterna, lejos de la ciudad, y abrevó en sus linfas corrompidas.

I se sintió enfermo.

Sus vestidos, que deslustraron el uso y la intemperie, cayeron finalmente rotos a sus pies; nadie tuvo el cuidado de reemplazarlos.

Sintióse morir de hambre y sed; nubláronse los ojos, y la sangre fluyó a borbotones por la boca; hizo un esfuerzo supremo y encaminóse, arrastrándose, a la cisterna de las aguas malsanas; quiso beber el líquido que reía en el fondo su risa de mujerzuela prostituta, pero un paso en falso sepultó en las aguas su vida y su miseria. Las paredes del pozo repitieron, como un eco, la oración del desgraciado:

-Dios sea servido. I no se oyó otro rumor.

A la vecina ciudad llegó la noticia de su muerte y las gentes dijeron:

–Un suicida más, qué nos importa?

I enmudecieron las campanas de la iglesia...

MANCHA ALDEANA

El autobús rueda, pausadamente, por la carretera. Vamos en él doce personas. Se cuentan chistes, a ratos; en ocasiones se habla de negocios, las cosechas perdidas, el precio bajo.

Nos aúlla un perro. De las casas del camino avizoran tímidamente. Vuelan las gallinas a los cercados de piedra.

Contemplo con tristeza, al paso tardo de la máquina férrea, en el quicio de una casita de apariencia humilde, un bulto informe, exánime allí. Es una viejecita centenaria. Enantes pedía limosna al transeúnte. Se le arrojaban centavos mezquinos. Hoy expira melancólicamente, como un animal cansado y viejo. Miro al cielo. Los cuervos describen parábolas en el espacio infinito.

En aquel cuadro lleno de sol y de vida, la moribunda pordiosera es una salvaje nota de dolor.

Mañana no estará allí la viejecita ignara. El autobús indiferente y rudo, continuará viajando de la ciudad hospitalaria al pueblo vecino, rico en cañas*. Algún can hambriento husmeará el cadáver. Los buitres acercarán sus alas. I el viajero, al pasar por el frente de la casita

silenciosa, tendrá un gesto avaro, metida la diestra en el bolsillo, recontando las monedas obtenidas en la feria. Dirá cristianamente: bendito sea Dios que ya no me molestan más...

I seguirá su camino, pensando en el próximo valor de los frutos y en sus chicos, que hartos y felices, lo aguardan ansiosamente en el quicio de la puerta de su casa.

* El autor se ubica en la antigua carretera de Mérida a Ejido, la cual se inauguró con su prolongación hasta Lagunillas, el domingo 9 de diciembre de 1916. Archivo General del Estado Mérida (AGEM), en copiadores de oficio, libro 23.

PÁGINA GRIS*

Fue un espíritu errabundo que pobló de tristezas su camino. Poeta o soñador? Ambas cosas a la vez, porque era buen poeta. I buen hombre. Veía al mundo a través de un cristal antiguo, descubierto en una tumba del sagrado Egipto. I sufría por ello un mal de nostalgia que lo llevó a los brazos de Atrophos, la eterna insaciable. Lo llevó tranquilamente, como la hoja caída de un rosal, en fría tarde de noviembre, en que sopla un viento suave y sutil. En algún tiempo amó. Quizo el Azar que la mujer no lo comprendiera, y como la mujer, además de idiota era mala, arrojó a sitio inmundo los versos del poeta y dio a luz un chiquillo vil, de anónimo ayuntamiento. I el poeta, para consolarse, pensó en la Roma de Nerón y en los perros sabios y amorosos que besaban a las mujeres como hombres, y se vengaban de la crueldad de éstos con un mal soez, transmitido en el ósculo bestial.

Ah, los perros? No eran tan fieles en aquellos días de locura y de amor. I perfumados con esencias de maderas preciosas, sabían dormir lánguidas siestas en brazos de pecadores y morder los talones al intruso que a romper se atrevía la placidez de su sueño. I el poeta amó cordialmente

a la más humana de las bestias, al hermano perro que, todavía por no sé qué fenómeno de atávica lascivia olfatea mansamente, en las insoportables veladas familiares, las blancas pantorrillas de la amita de quince años.

* En las obras completas de Emilio Menotti, 1950, no fue publicado este cuento.

LIENZO CAMPESTRE

Las dos muchachas, al verle venir a lo lejos, agitaron sus pañuelos con romántica languidez.

–Somos muy tontas, se dijeron entre sí, acostémonos y finjamos dormir.

I cerraron los ojos, y sonrieron, como si soñasen cosas bellas.

El sol, entre tanto, como un buen burgués oficioso, escondíase tras los encrespados picos de la montaña.

María abrió lentamente sus hermosos ojos azules, y dijo muy quedo a su amiga:

–Con qué objeto nos perseguirá tanto ese bobo?

–Pronto lo sabremos, respondió la otra.

Luis, a quien esperaban las vírgenes, acostadas sobre la verde yerba, se acercó cauteloso, deslizándose en la semi-oscuridad de la hora.

Sus pasos se oían cerca, muy cerca de ellas.

María apurruñó vivamente a Eloísa, estremeciéndose ambas al carnal contacto.

El hombre pasó junto a ellas y les dijo en tono de broma:

–Hola, niñas, a dormir a casa!

Las dos murmuraron coléricas, por lo bajo:

–Qué idiota!

LA MUERTE DE DON QUIJOTE

Melancólico y cejijunto don Quijote meditaba...

Había conocido esa mañana, al cruzar de una vereda, un espectro del infierno llamado Calumnia; y era risueño, desvergonzadamente risueño como la inolvidable asturiana de la venta.

Su obra colosal estaba destruida y yacía en pedazos por el suelo. La obra de su vida de épico poeta, que Merlín no había podido falsear, la obra portentosa que llenara el mundo con su nombre, era ahora polvo y pavesas, nada más.

I don Quijote meditaba...

Merlín fue imponente; Malabruno cobarde. Como enemigos respetaron el acero fulgurante de su espada, ese acero victorioso, consagrado a la defensa de las viudas y de los huérfanos, de la justicia y del honor.

Pero ahora, ya viejo y achacoso, decepcionado y triste, la calumnia punzaba cruelmente su epidermis, y su obra resultaba una locura, una irónica locura, ridícula y trágica.

I en el silencio de la media noche, cuando Sancho dormía tranquilamente como en sus buenos tiempos de Gobernador de Barataria, don Quijote desenvainó la mohosa espada, terror de malandrines y follones, y se atravesó con ella el corazón.

DEL ÉXODO

Era mi amigo un muchacho huraño y triste.

Lo conocí en Caracas. Estudiaba leyes y escribía versos.

Para la generalidad de sus compañeros, Daniel era un ser antipático, hostil. No lo comprendían. No sabían de su alma exquisitamente pulcra, de su alma que era un verso de Rubén Darío. I yo también, al principio, sentí odio por aquel muchacho extraño. Empero, hermanados luego por el estudio incesante y casi siempre inútil de los viejos libracos de capricho oficial, –el derecho romano, el canónigo, oloroso a sotanas eruditas y santos raspados occipitales, el derecho español, que nos rememora heroicos hechos de romance y caballería–, buceé el fondo, hasta entonces vedado, de su espíritu, ¡y cosa extrañaí en el fondo de su ser Psiquis guardaba gemas de oriente y metales áureos.

En este tiempo, va para tres años, mi amigo estaba enamorado. Perdidamente enamorado de una zagaletona de quince años, no mal parecida, pero hembra al fin.

Y una tarde de enero, –fría tarde de la urbe coqueta y banal– robando al Código Civil dos horas de estudio, Daniel me invitó, lacónicamente, a pasear:

—Salgamos, *chico*...

Y cruzamos calles pletóricas de gentes: empleados públicos huidos de las páginas de Cuatro Años de mi Cartera y del Cabito; curas soñolientos por la pitanza abundante y el vino de consagrar, ahítos, como los toreros y los cómicos, de miradas femeninas preñadas de misterio y de amor; militares de maneras afectadas; periodistas de saludos mercenarios y biografías a tanto la galera, y en fin, verduleras, corredores de comercio y turcos sucios. Al terminar de una esquina, en una ventana de rejillas de metal, se hallaba ella. Fijó sus ojos en el estudiante y sus labios felinos torciéronse desdeñosamente en un gesto cínico, soez. Mi compañero estaba pálido. I sus pupilas brillaban con fulgor extraño...

Cerca, a un lado de nosotros, un negro vil guiñaba los ojos a la bella. I ésta sonreía, bien hallada con el plebeyo amor de ébano, petulante y bestial. Aquel negro hedía a prácticas lascivas y crueles del África misteriosa. Regresamos. La tarde regaba la última plata de su lumbre sobre los tejados rojos y la albura de las tapias recién blanqueadas.

Daniel estaba triste, pensativo.

En el Kiosco de la Plaza Bolívar compré "El Noticiero". Leíamos. Unos negros habían llegado a Berlín, para ser exhibidos, de Abisinia, Malabar o Senegambia. Eran horribles. I Hediondos. Los alemanes sintieron asco por aquellos bichos inmundos. Pero las alemanas, las rubias alemanas descendientes de Cruzados, enamoráronse de los negros, perdidamente, con amor de novelas. Les escribieron

dulces cartas, olorosas y tiernas. Les dieron sus retratos. I sus carnes palpitantes, núbiles, surcadas por venas azules. El idilio, comenzado en Alemania, terminó en África, bajo los bambúes solitarios, a la orilla de los ríos majestuosos, en presencia de los caimanes sagrados.

Mi amigo sonreía...

PÁGINA ÍNTIMA

a Irene

Oh, qué tiempos aquellos, dulce Irene. Por qué te conocí, Dios mío, en este siglo maldito, tan odioso y vulgar? Por qué?

I tú? Tú eres la misma de todas las épocas, la hembra eterna, superficial y veleidosa. Pero habéis ganado mucho con la civilización del Nazareno. Bien poco valías en la Roma cesárea. De haberte conocido, (bajo qué forma me trató Neron?) en la época de Petronio el artista, tú serías mi primera esclava, primera, pero esclava...I tendrías para mi cuerpo los mejores perfumes del Oriente, y me servirías vino de Chipre en la copa venenosa de tus labios. I yo pagaría tus caricias con un látigo.

Hoy no me amas, me hallas detestable. Lo comprendo. Soy un poeta triste, enfermo de pobreza y de amor. Ni siquiera conozco la vida de un cuartel, ni defendido he la República. No me creas culpable, dulce Irene...La república aún no ha necesitado de mí. I barrunto que nunca necesite. Es ésta una señorona de edad, aguardientosa y descortés, y que, hembra al fin, no ama a los poetas sino a los machos

rústicos y fuertes, hechos para el máuser, la violación y el latrocinio.

Me habéis dicho, alguna vez, que amas el valor. Pues bien, Irene mía, yo soy valiente. He machacado cuatro cabezas de toro, en tu honor. Fue allá en el llano, ante la pampa sin límites y el cielo admirado. Después, otro día, ante el mismo cielo admirado, maté un carnero de una sola puñalada, y te pensaba, si me hubieras visto¡ ensangrentado… pero terrible. Entonces si que te hubieses tendido a mi lado, orgullosa del macho bravío, y, emocionada, me habrías dicho:

–Oh, mi héroe, dame un beso¡

EL GATO DE LA PENITENCIARÍA

Sobre la aridez infinita de mi vida de presidiario, en la calma augusta de la vieja fortaleza, tu silueta, fina y bella, tu silueta de animal sabio y animal artista, sabio a lo Voltaire, terriblemente sabio en tu escepticismo desolador y amable; y artista a lo Tomás de Quincey, aquel gran Tomás que embelleció el crimen poniendo su alma en él, tu silueta, oh, amigo! se perfila en las sucias paredes del calabozo, al resplandor rojizo de una luz en agonía, tal así como un raro fetiche indio, ante el cual mi alma pagana, de hinojos, cree leer en sus pupilas, preñadas de misterio, las delicias futuras del Nirvana.

Luego, y ya semi dormido, mi ánima siempre en vela te ha visto discurrir por el oscuro calabozo, a pasos mesurados, y tu hálito, fresco y suave, al pasar a mi lado, al clavar tus ojos fosforescentes en mi faz triste, hame hecho sentir hondas nostalgias, caricias de hembras amables y sonrientes, senos perfumados, palpitantes de amor, besos muertos de pasión sobre mis labios, miradas llenas de ternura y poesía, que yo gusté en mis locos veinte años.

Oh, viejo gato amigo, prisionero como yo en este antro fatídico de olvido y dolor, no sientes la nostalgia de los techos rojos, de las bellas noches argentadas, en que

lamías la piel sedátil de la favorita, de Mimí, Colombina, Margot, y juntos, muy juntos, maullabas una rara epifanía a la pálida luna?

Unidos por la desgracia, oh, amigo! viviremos los dos fraternalmente; te haré un mullido lecho en un rincón de mi oscuro calabozo; partiré contigo mi pobre ración de presidiario; me enseñarás tu vieja filosofía y tu lenguaje, y me dirás del alma misteriosa de las cosas, de todas las cosas con las cuales dialogaba nuestro lírico padre San Francisco de Asís.

Sé que eres ingrato como los poderosos de la tierra, y que cansado de mis caricias, hincarás el acero de tus uñas en mis carnes flácidas, amable y cordial como las cortesanas a quienes el vino entontece y el placer hastía.

Y, (no lo tomes a lisonja) tu compañía es grata a mi alma como la compañía de la mujer amada; tienes como ella los ojos color de acero, los labios finos y la piel de seda...¿Qué importa que mañana sobre el cadáver aún tibio de mis últimos rencores, sobre las cenizas de mis esperanzas ya deshechas, pases, indiferente a todos mis dolores escéptico y sombrío?

EL CUERVO

Sobre el tejado del hotel, grave, sañudo, como sobre las moldaduras del lecho del desgraciado Edgar Allan Poe, lo vi una fría tarde del mes de enero. Había tal seriedad en su porte, tal osadía y petulancia en sus maneras de lúgubre pajarraco, que me vi tentado a reír cordialmente como lo acostumbro a la vista de ciertos cuervos humanos, que se dan aires de aristócratas y comen mortecinas. Negros avichuchos que viven de los detritus sociales del pueblo que los sufre y tienen siempre la flor de labios, y en la diestra asquerosa, el dicterio infamante y el puñal de Bruto para el pájaro glorioso que se cierne soberano en las alturas de la gloria.

LA CARTA DEL TÍO

Monte Aventino: X-II-26
Mi querido Elías:

Bien sabes tú, que retirado como estoy, en estos montes, del mundanal bullicio, y viejo de años y decepciones, no tengo otro interés, al escribir, que el muy legítimo de señalarte los peligros que corren frecuentemente, en las ciudades grandes, los jóvenes inexpertos como tú. Ya sabes que no soy hombre de letras ni de escrituras de ningún género. Si quieres escucharme, bueno; te lo agradeceré y debes agradecérmelo; en caso contrario nada se ha perdido, pues para mí constituye un placer el desarrollar mis ideas en medio de la lujuriante naturaleza que nos rodea.

Mi compadre Eulogio, que estuvo por estos trigales la semana pasada, me contó detenidamente los progresos de tus estudios en el Liceo. Me dijo que eras el primer estudiante del curso, ¡bravo muchacho! y que los profesores se hacían lengua de tu inteligencia y aplicación. No podía esperarse otra cosa de todo un Monteverde, cuyo ancestro arraigó nada menos que en la altiva provincia de Guipúzcoa, en España. Tu bisabuelo era de limpia estirpe,

y se portó como valiente en las guerras flamencas; era bien parecido, y en las ciudades que se tomaron a saco, por sus energías amorosas, le llamaron los soldados el *Chivo*. Otro abuelo tuyo fue el confidente de Carlo Magno y tuvo por especialísima misión, y a mucha honra para la familia, el surtir de doncellas el impoluto lecho imperial. Se llamaba Celestino, y murió a consecuencia de las bubas gálicas.

Tu tatarabuelo se distinguió como jugador al tresillo y buen catador de vinos. Era también mujeriego exaltado y bandido temible. Estuvo varios años en galeras y salvó la vida gracias a los encantos de su hermana Dorotea, quien en un bello gesto de sacrificio entregó su cuerpo virginal y púber al Gobernador de ambas sicilias, Minotauro Gabaldini.

Tu tío materno, Enrique Monteverde, fue uno de los personajes más importantes a raíz de la conquista de América. La naturaleza le dotó de una fuerza muscular imponderable: tomaba un toro por los cuernos hasta hacerle inclinar la cerviz en tierra. De un solo puñetazo mataba un cristiano y remataba un moro, por todo lo cual el Rey nuestro señor, a quien Dios guarde, en premio de tan nobles prendas, le hizo nombrar Primer Verdugo del Reino. Para tu nobilísimo tío Enricón el Forzudo, aquello era un pasatiempo divertido.

No te hablo de nuestras bisabuelas porque sería fastidiarte demasiado con sus nobilísimas virtudes. Solo te diré que una de ellas fue la favorita de Luis XIV y que otra huyó a Inglaterra con un Ministro Diplomático y tuvo una actuación política de primer orden en los asuntos

públicos de Europa. Como que más de una vez, y gracias a sus zalamerías internacionales, logró obtener los secretos más importantes de las cancillerías, en una hora de delirio amoroso y patriótico. Por estos hechos someros, verás la envergadura de los Monteverde, de quienes eres muy digno descendiente. Otros datos más te serán dados en una obra que prepara un ilustre amigo mío, hurgador de archivos, que se ha dado a la paciente faena de desentrañar los orígenes de nuestros apellidos epónimos.

Bien, querido sobrino, deseo me des noticias de tus adelantos intelectuales y de las ocurrencias que lo merezcan. En mi próxima te diré otras cosas que pueden servirte de mucho, siempre que estas letras no te fastidien, lo que no creo, ya que es cosa que nos enorgullece, y que hoy está de moda, saber y pregonar los altos hechos y los nobilísimos rasgos de nuestros corajudos antepasados.¡Si supieras que andan por allí, en nuestra República, unos cuantos libros heráldicos! Pienso ocuparme de nuestro árbol genealógico. Vanidad aparte, sobrino, es cosa grata y por demás honrosa poder decir, como el caballero romano, que procedemos, en línea recta, de un gen.

Abrazos. Y hasta la próxima.

Siluetas

MANUEL, EL BACHILLER

Manuel, el bachiller, es uno de los muchachos de más ingenio de mi pueblo. Gasta lentes, porque él sabe que esto es título indiscutible a una honorabilidad indiscutida. Se da el lujo de una novia, –signo inequívoco de virilidad–, y sus relaciones las cuenta entre las gentes de pro del lugar. Una sonrisa imperceptible e inteligente brilla perenne en sus labios: esta sonrisa es él, porque reír es su oficio, la única ocupación digna, como dice el filósofo, de un hombre de talento. I Manuel, el bachiller, tiene un talentazo¡ Basta oírlo hablar. Qué de ironía¡ Qué de sarcasmo¡ Rabelais se queda punto menos que corrido, acortajado y confuso. Nada, que si a compararlo vamos con el bachiller, Rabelais resulta un pobre de espíritu, un solemne papanatas, un gracioso de circo.

Manuel, el bachiller, se levanta de la cama, sonríe al café, a la cocinera, sonríe tres veces más, y a la calle. Ya lleva una historieta divertidísima, pensada y madurada la noche anterior y zas, la suelta al primer desocupado que topa, y a la media hora el pueblo entero ríe, llora de gusto, se revuelca en contorsiones de risa y se embriaga, regocija, regodea, refocila, acatarra y estornuda de puro reír. ¡Es una barbaridad¡

Manuel, el bachiller, ha destruido una reputación, mancillado un hogar o ridiculizado un hombre de méritos. Pero Manuel, el bachiller, ha hecho reír una piara de canallas y cuatro imbéciles le repiten, babeándose de admiración, que el es un genio. I Manuel sonríe, se acomoda los quevedos y continúa fisgoneando todo, analizando inmundicias, risueño y feliz, sin cuidarse para nada de si hay en el pueblo una familia que llora o un corazón que sangra...

EL MISÁNTROPO

A nadie he envidiado yo tanto en mi pueblo como al buen sabio aquel, cincuentón y soltero, y que fue mi maestro de ciencias exactas. En mi pueblo, como en todos los pueblos, existen matasietes que viven halagados y temidos; hay curas que vegetan como príncipes, a quienes se rinde veneración y se obsequia con ricos bocados, con gallardos brutos, con primicias y con diezmos, de contrabando; hay burgueses que prueban el mejor vino, el beso más dulce, la mirada más tierna. A ninguno de ellos envidio, sin embargo. Solo al buen viejo aquel, al viejo de frente amplia, de ojos indos, al viejo aquel que cuenta los pasos y examina las paredes, envidio y admiro. I a pesar de su gordura burguesaica y de su vivir huraño, yo lo encuentro aristocrático y gentil, en la excelencia suprema de las cosas del espíritu.

Si como él fuesen todos mis prójimos, cómo los amaría. Pero la vulgaridad me fastidia, la imbecilidad me subleva, el fanatismo me indigna. Nadie tan repugnante como el cacique, ya se improvise en los campos del vivac, ya se perfile en el libro o el periódico.

El buen viejo aquel tiene mi nombre. Si yo tuviera su ciencia¡ Encerrado en su casita, por amigos los áridos

libros, deformes fetiches indígenas por compañeros, el papel por confidente, él no sufre el dicterio emponzoñado, la sátira cruel, la traición aleve, el epigrama vil.

Las férreas espinas de la vía melladas fueron con la lima de su prudencia; su sabiduría ha convertido en algodones las zarzas y los abrojos del camino; y las mujeres no han sabido de sus caricias, ni su cuerpo ha sentido otro calor que el muy sano de las motas de su lecho.

EL BEATO

Permanece inalterable en mi memoria, a pesar de los años transcurridos, la silueta del anciano, temblorosa y pálida. Vestía siempre de negro, y recuerdo perfectamente que la leontina, fija a la solapa del paltó, terminaba en una cruz de acero, resquemada. Ambulaba solitario por las amplias callejuelas de la pequeña urbe andina. Su ocupación favorita era la de asistir a todos los oficios religiosos celebrados a diario en los varios templos de la ciudad, y acompañar las procesiones ocasionales, grave y solemne, cargando el lujoso gonfalón de seda y oro. Por lo demás, este señor era una persona inofensiva como un ratón; y gustaba de chistes sanos y de conversaciones ejemplares.

Joven, casi niño, siguió la carrera sacerdotal, para la cual sin duda tenía buenas disposiciones. El destino quiso, empero que, enamorado de una chica bien parecida y de buenas prendas morales, que conoció en la iglesia, dejara la vocación mística y junto con ella los hábitos del noviciado y se entrara de cabeza en los tremendos y espinosos vericuetos del matrimonio. Rosa se llamaba la muchacha; y el beato, muchos años después, en ratos de buen humor, contaba cómo en la histórica ocasión del enamoriscamiento, había dejado prendidas de un *rosal* las sagradas vestiduras de clérigo en embrión.

Para aquella alma sacerdotal el matrimonio presentaba ciertas inquietudes. Hubiera deseado un enlace ideal, como el de San José, por ejemplo. Pero esto resultaba punto menos que imposible, mozo como él era y en tiempos tormentosos, propicios a todas las tentaciones de la carne. Y fue así como, al hallarse de pronto en el dintel del sacrificio, a un lado de la víctima, amorosa y azorada a la vez, hincase humildemente sobre las mullidas telas del lecho nupcial, y con gesto contrito y afligido, rezó la salmodia epitalámica:

"No es por vicio ni por *servicio*,
sino es por hacer un hijo
para tu santo servicio..."

EL FUNCIONARIO

A don Bartolomé Tavera Acosta,
humorísticamente

Aquel buen don Bartolo, que alguna vez conocí en mi vida, constituye el tipo por excelencia del patriota venezolano. Conocía la historia profana del país, las virtudes y defectos de sus fundadores, y era además versado en otras letras. Primero fue Coronel de la República, cuando estuvo de gobernador y cauchero en el Orinoco. Hoy es doctor honorario, ignoro de qué Universidad de la Indo China. Como funcionario público es un modelo de altivez republicana, con los humildes, y de exceso de atenciones, con los poderosos. Cesante, don Bartolo es el ser más simpático del mundo. Profundas reverencias en la Plaza Bolívar, abrazos a granel, epístolas lisonjeras, libros con altisonantes dedicatorias. Pero ya Magistrado, ora Secretario, resorte en fin de la burocracia nacional, nuestro amigo se transforma como por arte de magia en un funcionario celoso de la dignidad del Estado y del brillo de la causa.

De Secretario de provincia lo hallé en una de mis giras por la Capital de la República. Lo encontré en su despacho, sudoroso, fatigado, abrumado por mil seiscientas

notas, todas importantes, no sé cuantos expedientes y cien mil solicitudes. Aquel hombre daba lástima. Me acerqué a él, cariñoso y compasivo. –Don Bartolo, vengo a saludarlo: Deseo ponerme a sus órdenes. Mi querido don Bartoloi

Pero aquel gran ciudadano estaba poseído del sagrado fuego patriótico. Aquel formidable servidor público, sin contestar mi saludo, sin obsequiarme un asiento, sin mirarme siquiera, me dijo en un arranque de cívica entereza:

–Oiga joven, a los empleados públicos no se les quita tiempo...

I yo pensé que el enorme República tenía razón. Aquel don Bartolo querido estaba haciendo, sin yo darme cuenta, en aquellos momentos, la felicidad de Venezuela.

Salí silencioso, humilde, lleno también de un patriótico estupor...

EL PORDIOSERO

Ayer lo vi otra vez, enfermo y desvalido. Sus humildes ojos tristes, sumidos en la tiniebla de los párpados, tenían la expresión de un perro hambriento. Me tendió las manos. Sus manos que ayer eran suaves, en la frescura de los veinte años; suaves como un fino peine de marfil, y que, como un fino peine de marfil, destrenzaron muchas cabelleras femeninas y sintieron también el contacto tibio de las carnes bien olientes. El pordiosero de pan fue un pordiosero de amor. Joven y fuerte, ante la súplica de sus ojos, enantes luminosos y profundos, obtuvo fáciles favores de pecado. Sorbió vino de ensueño y virus ponzoñoso en rojas copas de labios de mujer: el licor engañoso de las vides de Salomón dejó en su boca la savia corrosiva de las mandrágoras. I esos besos, acres y dulces al mismo tiempo, trasmitidos al torrente de la sangre, envenenaron su vida. El pordiosero sifilítico conserva una mirada amortiguada que inspira lástima. Guiñapo miserable, sólo las moscas viles se atreven a besar sus carnes marchitas.

De sus amantes de ayer, algunas casadas, redimiéronse a favor de la epístola de San Pablo, cuando los misioneros apostólicos llegaron al poblado, enardecidos de un odio santo contra las obras de Satanás. Otras, ancianas ya, y

alcoholizadas, piden limosna y facilitan aventuras galantes a las damas de servicio y a los hijos de familia. Las más están en el hospital. Algunas bajo tierra, en Santa Juana.

El pordiosero, a pesar de sus ojos tristes tiene la piel blanca y las facciones nobles. Nació de buenas gentes, en cuna cubierta de sedas. Ahora no quiere saber nada de su esplendor pretérito, y en las calles soleadas de un pueblo gris, rumiando los desprecios ciudadanos y las migas de pan viejo, el pordiosero me produce la bárbara impresión de un valioso marco dorado, consumido en inmundo rincón de pesebrera, sucio por la edad y por los excrementos de las moscas y las bestias.

Pobre alma anónima, pobre cuerpo vil. Eres tan solo una carga de podre y de miseria. Pero no llores. Pero no te aflijas. Mañana, retocado por un artista, el marco ominoso podrá lucir de nuevo. Aladas mariposas posarán sus sedas en las cañuelas áureas. Así también tu cuerpo, deshecho por las sales de la tierra, dará aliento y vida a las rosas y a los geranios que se prenden en la dorada cabellera de una novia de quince años; a los malabares que se consumen de tristeza sobre la urna de una virgencita que murió de tuberculosis y de amor; y a las magnolias y a las orquídeas que en el altar de la reina de los Cielos se deshojan lánguidamente, al compás de las místicas notas y de las plegarias de los fieles, en la iglesia del pueblo, vetusta y colonial.

EL POETA

De pantalón corto, a la salida de la clásica escuela del viejo Zerpa, diariamente veía yo, caminito de su casa, al muchacho aquel, soñador y triste. Tuve la intuición de que era un poeta…y le compadecí. Su hermano Antonio escribía ya versos delicados, espontáneos y frescos, en los periódicos de escasa circulación de la provincia. No filosofaba, para esa época y su gallarda figura, que se mostraba de lentes, melena y otros excesos, era la admiración de las niñas sentimentales, a quienes rociaba el severo Profesor de hoy, con rayos de luna y crepúsculos violeta, murmurar de ríos y gemir de frondas. Vino luego"Génesis". Tulio continuaba siendo una bella esperanza. Leía los versos de su hermano, arrullábanlo los trinos de esa generación vigorosa y lozana que germinó en el génesis revolucionario y lírico de Santiago, y ensayaba tímidamente sus cantos mejores, en la penumbra fragante de su cuartillo de estudio. Aquel cuartito con velada ventana a la callejuela vulgar, donde Tulio escribió el soneto impecable, "Sol para Doña Sol", la romanza ingenua, "Noche de amor, de luna y de tristeza", y "La Noche del Sábado", sabroso cuento de brujas regionales, atrabiliarias y bárbaras. Donde él pintó con amor benedictino las frutas en sazón, ricas de mieles;

el voceador de periódicos, desarrapado y mugroso, "alegre como un vaso de vino moscatel"; y el lebrel inglés, vivaracho y cruel, en constante olfateo de la presa cercana. El cuartito que supo de sus nostalgias y sus sueños, y cuyas paredes guardan avaras el recuerdo de la tarde aquella en que el poeta de veinte años, el escogido de Apolo, se lanzó en una loca carrera vertiginosa hacia la interrogación. Lloramos su muerte y recogimos sus versos. Su nombre es siempre con nosotros, a despecho del olvido, porque leyéndolo hemos aprendido a amarle y a ser buenos.

La promesa de los días inquietantes de "Génesis" fue una bellísima realidad en "Literatura Andina", una revista de veinte páginas, en la que Ulises Picón Rivas exprimió el diccionario de galicismos y llenó de voces exóticas, con la sazón de unos lánguidos cuartetos que él supuso versos decadentes de corte rubendariano y unos tremendos editoriales de política internacional, Pangermanismo y otros panes más, del gusto del Director. En esa revista, lo mejor que ha hecho Picón Rivas y de las mejores que se han publicado en Mérida, Tulio Gonzalo Salas se mostró tal cual era: un auténtico poeta, de imágenes delicadas y métrica harmoniosa. La flauta de Pan, olvidada por el dios bucólico cabe las márgenes del Albarregas, una noche de luna en que persiguiera a la olímpica cazadora, y recogida por Tulio la mañana siguiente, todavía húmeda con el aliento del dios pagano.

Tulio Gonzalo Salas, alma selecta, gustaba del recogimiento y de la soledad. Si enamorado y galán, nadie advirtiólo. No eran secretos, los suyos, para orejas de

Sanchos. Yo puedo decir que él amaba todo: la mujer bella, la tarde sensual, el sol de los venados, las fosforescencias del Catatumbo tras las montañas azules, los enormes bloques de nieve virgen que rellenan las fauces de la Sierra madre; las aguas del Mucujún y del Chama, límpidas y cristalinas; las aguas mansas del padre Albarregas, unciosas y beatíficas como una salmodia de frailes; las largas procesiones en honor de la Virgen María y los santos del cielo, los *pesebres* familiares, olorosos a incinillo y frailejón de los páramos, y en contraste con todo lo grande y con todo lo bello, el poeta amaba también al chico vagabundo y hambriento, hermanito de bohemia de los perros sarnosos de la vía, a la vieja gruñona y soez que arrastra su vida como la giba calcárea el caracol vesánico, a la canción de las ranas en la pestilencia de las acequias de extramuros, donde la sífilis entona su cantar orgiástico y se burla de la muerte y del gusano, y al asno filósofo en su estoicismo servil. ¿No es amar todas estas cosas, la flor y la piedra, el astro y la lepra, ser uno poeta? Amaba asimismo la verdad en los libros, y sobre las áridas páginas de las siete partidas, en más de una velada reclinó soñoliento la cabeza.

De sus horas plácidas guardo recuerdos imborrables. Tardes de la Quinta, heredad de sus mayores, donde recitábamos versos mientras Maritornes preparaba un yantar abundoso y el sol desfallecía tras las colinas lejanas. Nos acompañábamos del "bon vino" de don Gonzalo de Berceo, fuego sagrado cuyas llamas consumen los pétalos nacarados del verso. Cerca, la ciudad hostil, indiferente como una vieja cortesana desilusionada de amores mundanos; más cerca

aún, el río en cuyas aguas se crían los rubíes sangrientos; muy cerca, los rosales florecidos y los naranjos pródigos.

No supo este ingenuo poeta niño del desengaño y del dolor. No tuvo tiempo para ello. Sus versos respiran optimismo y amor. En treguas a las luchas diarias, hojeo el libro póstumo. Suerte de maná para mi ánima, aliéntame el sano vigor de sus madrigales, la albura inmaculada del pensamiento diáfano, cincelado con el arte de un orfebre del Renacimiento italiano. Tal así como la caricia sedante de una virgen de quince años, en la faz arrugada de un viajero escéptico, injuriado de soles y salpicado de lodo.

Como muere una rosa en un vaso, así murió Tulio. Murió cristianamente y de un mal imposible. De él me ha quedado también además de sus versos, la sensación espiritual de una línea blanca, una sola línea blanca...

EL JUSTO

Al Coronel Gabriel Dávila
(cordialmente)

Camisa planchada, alba como la nieve intocada de nuestros Andes; barba de patriarca, grande no, sí recogida, y blonda y de plata. Alpargatas de fique que guardan dos pies pequeños y bien formados; una eterna sonrisa en los labios y un raudal de amor en el corazón. Lo recuerdo aún, al través de la lente empañada de los tiempos. Así era él. Así era Jacinto Plaza, el padre de los pobres, el Jacinto que yo conocí.

De mozo casó. Buena debió ser la coima en lo físico. Mala en el corazón. Cerebro, muy poco. Estas cabezas de chorlito piensan con los bajos instintos de la carne. Amoldan su vivir de hermosas bestias al afeite traidor, a la esencia de ultramar, contenida en frascos caprichosos y sutiles; al lazo de cinta de color de escándalo, que es el color del crimen, el rojo de la traición y la perfidia; a las novelas estúpidas y sensuales, escritas por folicularios sin talento y sin gramática. El justo trabajaba hasta rendirse del cansancio. Para el día la brega incansable en pos del vivir humilde; para la noche, los besos extenuantes, los

abrazos epilépticos, el gemido de niños que arranca a las almas el supremo placer. Y vivían felices, sin embargo, sin otra aspiración que la sonrisa del cielo, un hijo en cuyas facciones se plasmara la belleza de la madre; y cuyo espíritu, por herencia paterna, tuviera el don divino de la hidalguía ancestral. Aspiraba Jacinto a ser feliz. Era esto tentar a Dios? Era esto ofender a los hombres? Al redil del cordero iba el lobo, vestido con trapos negros, como la conciencia del malvado; los colmillos de acero, cubiertos y recogidos; los ojos agresivos de lujuria, y todo él lleno de los siete pecados capitales.

Fue Satanás sin duda quien bendijo la unión infame del monigote y de la adúltera. A espaldas del justo, el amor vil de los traidores. Alguien dijo a Jacinto de su deshonra, si ésta puede haber para un ser digno que pone en sucio objeto el fin de sus quereres. Se deshonra a sí misma, deshonra a su cría y deshonra a sus padres, la moza casquivana que traiciona al esposo inocente ; deshonra sus votos el sacerdote impuro; deshonra la religión el mal ministro, deshonra a la iglesia el cura incontinente, que toma para sí mujer ajena. De la prueba oprobiosa salió inmaculado el hombre bueno. Lloró lágrimas de sangre por el hogar deshecho al soplo de pasión innoble; por sus ilusiones muertas. Lloró sobre el cadáver de su felicidad terrena.

Lloró mucho. Pero sus lágrimas, como divinas aguas nacidas del manantial del espíritu, tuvieron la virtud de santificarlo. Otras mujeres lo amaron de verdad, sin sacramentos eclesiásticos ni fórmulas convencionales. I fue entonces que consagró su vida al bien de sus hermanos

desvalidos, y tuvo pan para el hambriento, urna para el moribundo, caricias para el desarrapado. No volvió a visitar los adoratorios de los hombres, porque el Dios en quien creía se halla en todas partes, aun en el calabozo del presidiario y en el corazón del galeote. Amaba Jacinto a Dios en sus prójimos miserables; en las flores que embalsaman los aires, con aliento de ángeles; en los trinos y gorjeos de las avecillas de los cielos; y en los astros eternos, cuyas conjunciones deciden de los ignorados destinos de la humanidad.

Una tarde cualquiera murió el justo, entre ayes lastimeros de almas agradecidas y malas palabras de monagos disolutos y santones invertidos.–Murió nuestro padre, –dijeron aquellas–. Murió el ateo...exclamaron éstos. Viejas beatas, en olor de santidad de sacristía, vomitaron feroces consejas de misas negras y pactos infernales. Un sacerdote sabio y bueno, que fue a la par un gran poeta, el Padre Luis María escribió el epitafio sepulcral. En hombros de caballeros fue llevado Jacinto al cementerio de los pobres, al humilde cementerio de Santa Juana, que para aquellos días sólo guardaba en sus entrañas huesos de suicidas, pecadoras y mendigos. El alma de Jacinto santificó el sagrado estercolero...

Laurencio Picón escribió el Homenaje de Justicia en desagravio a Jacinto; un benemérito civilizador de la ciudad habló bellas cosas ante su tumba. El doctor Pedro Jorge Burgoin, botánico ilustre, dijo en aquel lugar las eximias virtudes del extinto. I como una protesta del cielo, justamente indignado ante la vileza de los perversos, cayó sobre la urbe, la noche de las fúnebres exequias, un invierno

torrencial y cenagoso, que Plutón acompañó de horrísona tempestad.

Jacinto ha quedado solo, dentro de su mausoleo, en el camposanto de Santa Juana. Su tumba conserva siempre frescas flores. I hay quien dice que lo ha visto, en noches de luna, postrado sobre la loza que cubre sus despojos, pedir a Dios por sus enemigos...

EL HIPÓCRITA

En los pueblos pequeños, que por pequeños son infiernos grandes, y en donde, parodiando a Cervantes, todo indiscreto fisgoneo tiene su asiento; en los pueblos pequeños la vida y milagros de cada individuo tiene sus apologistas, sus comentadores, sus biógrafos, sus Catones y aún sus Juvenales y Zoilos, de la peor especie éstos últimos, asaz malignos, satíricos y empedernidos; de nada valen otras de limosna, conducta social intachable, erudición y don de gentes, de nada el poseer un nombre y una fama perdurables, antecedentes nobilísimos de raza, o el valor y la hidalguía que enaltecen y dignifican a los recios caracteres; de nada valen, nulos son en demasía, si no se va a la iglesia los domingos y fiestas de guardar, si no confesamos y comulgamos dos veces por semana, y no pertenecemos a una, siquiera, de las inútiles cofradías de San Agapito mártir o San Hermógenes confesor.

Llevar el palio en las procesiones; dejarse ver en todas las capillas, contrito y fervoroso; acompañar el Viático con la vela de cera en una mano y el libro de oraciones en la otra; sonreír a las señoras piadosas y ayudarlas en la mística tarea de llenar de cintajos y demás perendengues las imágenes de los santos en las fiesta de doble cruz; charlar de tendido

con el sacristán y descubrirse a la vista de un clérigo e implorar su bendición a grandes voces, son cosas éstas que constituyen en mi pueblo, –la ciudad salamanquina de los necios–, la honorabilidad indiscutible de ciertos *quidam* que yo conozco, con una fama de virtuosos que trasciende a leguas y una picardía diaria y taimada, rociada con humo de incienso y con agua bendita.

Ya sé yo que estos santones se han hecho invulnerables con la cota de malla de la oración sacrílega y el escudo de la hipocresía, y sé también que no saldré muy bien librado de sus odios, de sus odios santos a todo lo que huela a *libre pienso y herejía*. I podrá haber, lector amigo, ateísmo mayor que el tocar con mano honrada el hábito de los beatos, aun con guante de seda?

"Se me ocurre un cuento:"

Había en mi pueblo un señor ya entrado en años para la época en que le conocí. Como no me propongo hacer su biografía, no diré a ustedes el lugar en que nació, que ignoro por completo, ni la fecha exacta de tan feliz acontecimiento. Ello es que sin duda vino al mundo por obra de varón, que casó y que tuvo varios hijos. Usaba una lengua y sedosa barba, como de patriarca, un par de quevedos sobre la perfilada nariz y una sonrisa beatífica. Hablaba mansamente, como una salmodia. Conocía la vida de todos los santos, mejor que cualquier levita del pueblo; y no perdía hora en la Iglesia ni rezo en el vecindario. Don Hipólito se llamaba aquel mastuerzo, si la memoria no me engaña.

Casó con una buena mujer en un poblacho de los Andes venezolanos. La pobre fue una mártir, y he oído decir que murió loca. No era para menos. Después de la misa diaria, vejamen seguro; a raíz de comulgar el beato paliza mayor. Garabatuda, enferma, la infeliz no resistió mucho el seráfico tratamiento.

Una vez llegó a casa del santón, de visita, una señora de la vecindad. El vejete estaba afuera, oyendo misa, sin duda. La hija menor lloraba a mares. A fuerza de exigencias, la pobre contó sus desdichas. Don Hipólito la perseguía bestialmente. Como no correspondiera a sus deseos, el viejo simio lascivo la hacía sufrir tormentos indecibles. A esta hora la infeliz está comiendo tierra, en un cementerio ignorado, bajo los sauces melancólicos y piadosos. El santón reza y comulga, aspirando a sentarse muy tranquilamente, cuando muera, a la diestra de Dios Padre, entre los bienaventurados de la gloria eterna.

Apostillas Históricas

I

El mono araguato, según observa Humboldt, no juega nunca, como los pequeños sagonios. Es un mono grave. Ya López de Gomarra, a principios del siglo XVI, lo pintaba así: "el aranata de los cumanenses tiene la cara de hombre, la barba de una cabra y el gesto honrado", aludiendo, con esto último, a la mesura y dignidad de su porte. A tal respecto observa también el sabio tudesco, en una de sus obras, que cuanto más se asemejan los monos al hombre son más tristes, y que su alegría petulante disminuye a medida que sus facultades intelectuales parecen más desenvueltas.

La petulante alegría de ciertos bimanos revela sin duda alguna un ínfimo desarrollo intelectual. Las mujeres estúpidas son muy alegres, así como los campesinos y aldeanos ignorantes. En cambio los sabios, los artistas y los pensadores son casi siempre hombres graves "de gesto honrado", según la sutil expresión del viejo cronista de las Indias.

II

Nadie mejor que el Gato Enciclopédico ha pintado, en una sola página de sus libros inmortales, la ridícula vanidad de la *sangre azul*, de que sufren ciertas gentes en Sur-América. A falta de dinero, que es hasta cierto punto blasón de aristocracia y de excelentes prendas de espíritu en quienes lo poseen, venga de donde viniere, esas pobres gentes se imaginan fabulosos castillos en el aire, con puentes levadizos, corte armada, pajes y bufones. Tentados se hallan, en plena república, a exigir de los plebeyos respetos reales y trato de excelencias. Es ésta una forma de locura que aún hoy es harto común en nuestros trópicos y que probablemente tiene por causa la pobreza de sangre, los anquilostomos y una alimentación defectuosa. El sabio alemán, que en la ocasión viaja por los llanos de Venezuela con su compañero Bompland y con don Nicolás Soto, español y cuñado del Gobernador de Barinas, acampa una noche al raso, como de costumbre, en una plantación cuyo propietario se ocupaba de cazar tigres. Se hacía llamar don Ignacio, estaba casi desnudo y era de color acetrinado, de zambo, lo cual no obstaba para creerse blanco, y además noble. Llamaba a su mujer y su hija, que se hallaban tan desnudas como él, doña Isabel y doña Manuela, y sin haber salido jamás de las orillas del Apure, se interesaba vivamente

por las noticias de Madrid, por aquellas guerras continuas *y por todas las cosas de por allá*. Humboldt y sus acompañantes llevaban un *chigüire*, cazado ese mismo día, para arreglarlo en la comida, pero don Ignacio se opuso: no era posible, dijo a sus ilustres huéspedes, que caballeros blancos como todos ellos comieran *esa caza india*, y les ofreció en cambio carne de ciervo que había capturado él mismo, valiéndose de una flecha, la tarde anterior. En tanto que llovía a cántaros sobre las hamacas y los instrumentos científicos de los viajeros, esa noche, pues don Ignacio, a pesar de lo engreído que estaba con su nobleza y con el color de su piel, que él imaginaba blanca, no se había tomado el trabajo de construir una choza cubierta de palmas, felicitaba a sus huéspedes por la buena suerte de no haber dormido en la playa, sino en sus dominios, bajo unos árboles, y entre gente blanca y de trato. Como estábamos tan mojados,–continúa el sabio–, no podíamos persuadirnos de las grandes ventajas de nuestra situación...

I termina Humboldt: ¡Espectáculo bien extraordinario el de un hombre que se cree de raza europea, que no tiene más abrigo que un árbol, y que posee todas las pretensiones vanas, todas las preocupaciones hereditarias y todos los errores de una larga civilización!

III

Arte difícil, sin duda, el de mandar a los hombres, que esto toca muy de cerca los linderos del genio. Perspicacia, malicia, valor, hidalguía y aún en veces crueldad, cosas éstas necesarias a los grandes capitanes, ya dirijan ejércitos disciplinados y conscientes, ya manejen hordas salvajes y raquíticos clanes. El genio es uno como resumen de virtudes y enseñanzas intuitivas; las primeras obtenidas, las otras a fuerza de observación y de cuidado. Genio maravilloso y único Bolívar, formando ejércitos vencedores de montoneras ignaras, militares dignos de esclavos envilecidos. Genio portentoso el suyo, cuya fama no cabe ya en los límites de la Historia y se desborda, incontenible, dentro de la tradición y la leyenda.

Observa Fray Pedro Simón, en alguno de los pasajes de sus Crónicas, que los gobernantes de hombres no deben diafanizar su natural condición; porque de ordinario sucede, comenta el fraile, que por ello sus servidores los debilitan y pierden, tal como acontece con las animalias de las aguas y los montes, que caen en las redes de sus perseguidores, gracias al conocimiento que éstos tienen de sus instintos y costumbres.

No deja de haber, ciertamente, mucha sabiduría en la maliciosa observación del religioso de la Parrilla, en el obispado de Cuenca.

IV

La Hidrología nos enseña hoy que todas las fuentes termales son radio-activas, unas en mayor, otras en menor grado, y que en las curaciones que obran no dependen solo de sus principios minerales visibles, sino de la acción de esas valiosísimas sales cuyo origen y naturaleza aún nos son desconocidas; me refiero a los principios, que son como el alma mater de las aguas medicinales.

Entre Ortiz, Barbacoas y San Francisco de Cara se extiende el valle delicioso de Guarume, en donde se goza de un aire seco, invariable y muy cargado de oxígeno, según don Miguel Tejera. En este valle existen aguas termales de benéficos resultados médicos, tanto en las enfermedades de la piel como en los males del venéreo.

Gracias a las virtudes sorprendentes de esta agua, se ordenó su análisis químico en la época del Presidente Guzmán. Lo practicaron los doctores Adolfo Ernest, Luis Rodríguez y Pedro Medina, hallando en ellas ácido carbónico y pequeñas cantidades de cal.

Las aguas de Guarume, afirma Rodríguez, tienen la preciosa virtud de hacer reaccionar el organismo humano, reanimando sus funciones y sosteniendo sus fuerzas. Bajo

su saludable influencia se experimenta un bienestar general, la circulación de la sangre se activa, a medida que todos los órganos se vigorizan. Este Profesor creía que ello era debido a la existencia, en las aguas, de un fluido eléctrico.

Tejera opinaba que la acción vigorizante y generosa de estos manantiales, al vitalizar el organismo, tenía por causas, además de su composición química y condiciones de temperatura y de la sana alimentación de los enfermos, las emanaciones producidas durante la noche por los árboles de la región, especialmente por *los de copaiba*.

Estas teorías me recuerdan las del sabio Humboldt sobre el origen de las fiebres de los llanos de Venezuela.

Sin embargo, es preciso confesar que el doctor Rodríguez se aproximaba a la verdad científica del día, con su maravillosa hipótesis del fluido eléctrico: el radio, rubidio y thorio de la química actual.

Aún para muchos años más, el electrón de los griegos significa lo que conocemos, el medicamento vivo cuya acción aparece aun misteriosa para la ciencia moderna, el espíritu de los manantiales que, como todo espíritu, es insondable y eterno.

V

Al Dr. Juan Carlos Alzáibar

Era aquella la época de los aventureros españoles, cuando Europa reía a carcajadas con los hechos famosos del manchego Quijada, Quijote o Quijano, que el verdadero nombre de este insigne mentecato ni su mesmo padre el capitán Cervantes lo supo. América no reía a carcajadas, antes bien lloraba lágrimas de sangre; la enorme prole de los quijotes hispanos, mitad bandidos, mitad frailes, cayó de sorpresa, como avalancha de destrucción y ruina, sobre la virgen inocente, protegida hasta entonces por los mares. I América sufrió la violación guerrera y la violación frailuna, y sintió sobre sus carnes bronceadas el flagelo de la espada y el ensalmo de los orates. Se asesinaba el cuerpo, pero las almas eran salvadas por la confesión extrema. Entre aquella heroica legión de locos sólo Aguirre, para mayor oprobio de su obra, daba muerte afrentosa y agarrotaba curas y curiales sin la divina asistencia de los auxilios espirituales. I el fraile beodo y mujeriego excomulgaba in péctore al tirano, más por negarle confesión al moribundo que por el hecho mismo de quitarle vida.

I es así como, de la lectura meditada de todos los historiadores de las indias occidentales, nos queda en el

espíritu, sobrecogido de terror, la impresión imborrable de una infinita procesión de locos sanguinarios y místicos, desfilando sobre las páginas de las Noticias y de los Hechos, como sobre las vértebras graníticas de las montañas sin caminos, de los bosques sin salida y de las pampas inacabables. Perros amaestrados en el crimen acompañan los ejércitos visionarios. En veces las montoneras se revelan contra el rey de las Españas; en ocasiones contra Dios mismo. Trepan a las cimas de los volcanes encendidos y roban a Júpiter Tonante la flor de azufre con que fabrican luego la pólvora. Queman las naves en un gesto único de heroicidad espartana. I rezan siempre, en los oficios religiosos de la mañana, bajo una enramada cualquiera a guisa de santuario, antes de principiar la carnicería, como en la noche, al recogerse, ahítos de sangre indígena y de trágicos besos virginales. Por eso Aguirre, el rebelde, puede decir al rey Felipe, en la primera proclama libertaria de América, que cada armadura férrea y cada hábito talar necesitan doce mozas para su servicio.

Locura, sangre, fanatismo y sensualidad. He aquí los cuatro grandes capítulos de la Ilíada americana.

VI

Andaba el reverendo en cosas de conquistas por tierras y laguna del Señor de Maracaibo, acompañado de una hueste de forajidos de la España, más propia para los riesgos mercuriales que para recibir bendiciones y consejos de frailes. En la ocasión histórica, el obispo de Santa Marta, don Juan de Calatayud, reprendía los desmanes de su chusma:—Dejadlos, les decía, no les hagáis mal alguno, que los pobres son ovejitas del Altísimo. Mas los soldados barbudos, acostumbrados al sol de Flandes y a lidiar herejes, reían y burlaban las admoniciones del Prelado, atentos sólo a los goces materiales y a llenar las exigencias de sus viles instintos. Hermosas eran aquellas fembras de piel cobriza, pechos fuertes y ojos negrísimos, como de Andaluzas¡ Macizo y fino el oro de sus hombres, recogido en las orillas de los ríos torrentosos que se desprenden de las altas serranías y van a morir a la plácida laguna. Cuando no con baratijas de Castilla, lo adquirían de los indios con mandobles y lanzazos¡ Huidos los naturales a sus escondrijos y madrigueras, de allí salieron al poco tiempo a vengar los ultrajes recibidos. Bien que Monseñor era el protector lírico de aquellos, no por esto dejó de sufrir algún venablo, no sé si emponzoñado de malas hierbas. Aquí se agotó la paciencia nazarena del mitrado: —A ellos,

hermanos, a ellos, que éstos no son ovejas de Dios, sino lobos de Satanás!

Bien tarde lo veía el tonsurado. De la traílla de asesinos, alguno escapó con vida para echarnos el cuento, el cual puso en letras de molde, por esos mismos años, en su Historia, el astuto fraile don Pedro de Aguado, de la Orden menor de San Francisco.

VII

Nunca he ansiado en mi inútil vida se me tenga por hereje; cuando en hora fatal me las di de escritorzuelo y *papelero* era porque creía, y creo aún, como en Bolívar, que la misión del periodista es la de enseñar, moralizar y corregir, para perfección de la sociedad que le sustenta gloria y martirio propios; y así, he pensado que el escritor, a más de apóstol, es también un cirujano del alma complicada de la humanidad, y que es preciso aplicar, de cuando en vez, el cauterio salvador. Si estoy errado en estas humildes apreciaciones, ya me lo dirán los que saben, que no los eruditos de trastienda, que tanto abundan entre nosotros.

Consecuentemente con mis ideas, varias veces he aplicado el nitrato de plata, acaso sin resultado aparente, porque hay úlceras rebeldes que no curan de momento. He sufrido, y no me quejo. Injurias, heridas, persecuciones, cárceles. Nada me ha faltado, y estoy bien de salud. Jamás he atacado a Dios ni a los dogmas del catolicismo, y si en ocasiones censurado he actos nada cristianos de clérigos disolutos, bien sabe el lector que no son los curas los que integran la religión pura y divina del divino socialista, antes bien, que éstos, en la práctica de sus virtudes, suelen ser sus peores enemigos.

Recuerdo que una vez, en mi pueblo, una vieja ebria me puso de encarnado y amarillo, y entre otras lindezas que salían de aquella boca aguardientosa oía yo las de masón, hereje, protestante, etc. Unas pisapasitos cloróticas, sentadas a la ventana de su casa, reían las cochinadas de aquella mala mujer. Todas las desgracias que hasta entonces había yo sufrido, y que no son pocas ciertamente, achacábalas la vieja a mi falta de religión, a mis *ateísmos*, porque dizque estaba *apolillado*, excomulgado por los padres y qué se yo. Dudo mucho, sinceramente, que el dios sabio en grado superlativo, justo y magnánimo que habita los cielos y en todas partes está, haya dado a sus ministros y oficiales en la tierra, a fuer de productiva granjería, el don terrible de repartirnos desgracias a granel y por quitarme esas pajas: ¡eso sería hacer a Dios tan pequeño y ruin, tan puerilmente rencoroso, tan humano, que sería preciso no amarle!

Es la misión del periodista, lector amigo, misión altamente redentora, de civilización y de verdad. Son periodistas aquellos que enseñan al pueblo la senda dificultosa del deber; los que, en guerra con los prejuicios y preocupaciones de las colectividades humanas, acaban de raíz con los abusos perjudiciales al benéfico empuje de las ideas; periodistas son los que no temen retar la tiranía, arrostrar el despotismo, acaso inútilmente, por la felicidad de los demás. Los que alientan y estimulan el mérito perseguido por los canes de la envidia, de la infamia y del servilismo, ésos son los verdaderos periodistas.

No los confundáis con esas malas caricaturas de letrados que discurren por allí usurpando títulos y una

reputación que están muy lejos de enaltecer. ¿No véis cómo adulan a los mandatarios, corrompiéndolos; cómo insultan a los adversarios de sus amos; cómo silencian los méritos de los hombres dignos?

Podrá ser prensa honrada, luminosa, edificante, la que escandaliza con sus prédicas, veja con sus sátiras, se vende a la burocracia, calumnia y adula?

Esos ojos torvos, esos labios pálidos, esa frente hundida, surcada por arrugas precoces de malos pensamientos, ese sonreír hipócrita, ese hablar silente, no son del pasquinero ruin y ascoso, antes que del apóstol de la Idea y del Deber? Confundiréis a Tolstoi con Pasquino el miserable? A Montalvo con Marat?

VIII

A Juan José Churión

Nacido el sabio teutón en 1769, a los treinta años de edad visitó gran parte de la América septentrional, en un memorable viaje de estudios, que es un perenne monumento a la ciencia.

Nada escapó a la mirada penetrante de este Cristóforo Colombo del Saber. Las ramas todas de las ciencias naturales y políticas se enriquecieron a porfía con las originales observaciones del Barón. Trató a Mutis, ayudó a Caldas, conoció a del Río y en los llanos de Calabozo admiró la obra sabia y paciente de don Carlos del Pozo, ese Caldas venezolano que mereció los elogios del gran naturalista por haber construido aparatos eléctricos con grandes jarros de vidrio y otros chismes más de uso doméstico.

En Caracas frecuentó el Barón los aristocráticos salones de los patricios coloniales. Subió al Ávila y descubrió filones de antimonio. Midió también la altura de la montaña augusta. Hombre alegre y vivas, sociable y culto, algunos de sus ilustres amigos le acompañaron en estas excursiones.

Caldas conoció a Humboldt en Quito, a donde se trasladó el colombiano por un pleito de familia. Allá intimó con el ilustre viajero, recomendado especialmente a éste por Mutis, botánico y astrónomo español, director a la sazón del Observatorio de Santa Fe. Más parece que cierta incompatibilidad de genios enfrió a la postre las cordiales relaciones de los dos sabios: Caldas al contrario del teutón, era por temperamento huraño y triste. Humboldt se excusó mañosamente de recibirlo de compañero, en sus viajes y excursiones científicas. Sin duda alguna, esta ingrata circunstancia, si tremenda para don Francisco José, no fue menos deplorable para la ciencia universal. Por otra parte, si hemos de creer a Caldas, Humboldt, a pesar de todo, supo aprovechar, en la medición de alturas, el método termométrico descubierto o perfeccionado por el insigne sabio americano.

Sea o no cierta la noticia, no deja de ser curiosa. En Quito el Barón, según Caldas, ofició ante los altares de Venus, dando qué sentir sin duda a Minerva, la eterna apasionada de su vida. En carta que escribe el colombiano a su Mecenas, se expresa en esta forma:

"¡Qué diferente a la conducta que el señor Barón ha llevado en Santa Fe y Popayán de la que lleva en Quito¡ En las dos primeras ciudades fue digna de un sabio; en la última es indigna de un hombre ordinario. El aire de Quito está envenenado: no se respira sino placeres; los precipicios, los escollos de la virtud se multiplican, y se puede creer que el templo de Venus se ha trasladado de Chipre a esta ciudad. Entra el señor Barón en esta Babilonia, contrae

por su desgracia amistad con unos ojos obscenos, disolutos; le arrastran a las casas en que reina el amor impuro; se apodera esta pasión vergonzosa de su corazón, y ciega a este sabio joven hasta un punto que no se puede creer. Este es Telémaco en la isla de Calipso. Los trabajos matemáticos se entibian, no se visitan las pirámides, y cuando el amor a la gloria reanima a este viajero, quiere mezclar sus debilidades con los sublimes fenómenos de la ciencia. Mide una base en las llanuras de Quito, aquí viene el objeto de sus amores, o el de los cómplices de sus debilidades..."

Quién sabe si entre los empolvados manuscritos del Viaje a las Regiones Equinocciales del Nuevo Continente, no asoma su faz amarillenta la misiva de amor de alguna hermosa quiteña, de esas que nos pinta Montalvo como capaces de sorber el seso al mismo Santo Padre; misiva que, menudita y frágil, ha resistido el peso de la ciencia y el curso lento de las generaciones?

El Conde de Bufón arruga el entrecejo; Urania inclina avergonzada su hermosa cabellera de Astros. Bien pueden perdonarse, sin embargo, al enorme teutón las horas locas robadas a la ciencia, en los dulces y amorosos brazos de las mestizas del trópico, sensuales como Afrodita y fascinantes como el Pecado.

Oraciones Profanas

Palabras pronunciadas en la
Sociedad Mutuo Auxilio de Mérida

EL OBRERO

Señores:

Las albas páginas de las sagradas escrituras contienen la leyenda del carpintero José. Inclinado sobre el banco del taller, de sus manos primorosas salieron suaves cunas para adormecer a los pequeños, al arrullo cadencioso de domésticos cantares; pulidas mesas de maderas olorosas para el ordinario yantar, y en cuyas superficies, en ocasiones gratas de la vida, cantó el vino de Chipre su alegre canción de primavera; cómodos sillones para el descanso cordial de las tareas hogareñas; amplios y artísticos lechos que supieron del secreto de la existencia y del agónico letargo de la muerte; y leños infamantes para ultimar criminales en la colina expiatoria, severos y medrosos, como instrumentos de tortura y depuración social. Con la muerte del nazareno inocente, el madero vil se transformó en emblema sacratísimo, en signo superbo de la divinidad.

La vida del humilde artesano discurría monótona y triste, embargada empero en la labor honrada y provechosa. Guardaba el día sagrado de la semana, y para no desperdiciar precioso tiempo, que es herencia común de los mortales, sus ojos solicitaban con deleite los pasajes de místicas escrituras,

fortaleciendo en pétreos caracteres su fe hacia los destinos mejores de la Raza. I esos días esperados cristalizaban ya en el vientre sagrado de la compañera de su vida, la hermosa Azucena de Galil, hecha carne por milagro del Amor Divino, para albergar dentro del cáliz, sin obra de varón, la excelsa semilla de Dios.

Este es el símbolo. I el casto obrero contempló gozoso cómo la cuna que crearan sus honradas manos de artesano, en el humilde pesebre de Belén albergó el fruto divino de su virgen compañera, el Dios hecho hombre para redimir el mundo y fundar el cristianismo. I Jesús no tuvo sedas ni plumajes en su lecho, ni más comodidades que un establo miserable, ni otra sociedad que la de fieles animales domésticos, de ojos cansinos y actitud de esclavos, como irredentos servidores de la tribu escarnecida.

He aquí, señores, la leyenda santa que la iglesia acata como un dogma y los siglos admiran y respetan. Vosotros sois obreros también; y como un altísimo ejemplo de vuestra misión social, como un elevado paradigma de lo que debe ser el artesano ante el concepto del mundo, os he traído esta noble vida de humilde proletario, perdida en las edades, pero fresca y nítida en la creencia y en la fe de nuestros mayores. Reverenciadla siempre como un símbolo de vuestra jerarquía espiritual; porque en vuestras obras y en el vientre de vuestras mujeres se prepara también la redención de las clases trabajadoras, la rectificación de los conceptos sociales que os tienen atados, como a Prometeo, a la roca oprobiosa del Convencionalismo y del Error.

Todavía como en las bárbaras edades del medio-evo, no trabajar es timbre de nobleza, que por nefanda herencia de aventureros de Castilla, hijodalgos arruinados y matasietes extremeños, nos da vergüenza la labor honrada y decorosa y pretendemos permanecer inactivos, ante el avance de las carreteras y la bocina de los automóviles, contemplando las cañuelas empolvadas de los retratos heráldicos y descifrando borrosos pergaminos de Encomiendas de Indias y limpieza de sangre, cuyos caracteres, más que el tiempo, ha borrado el aire sano de nuestras instituciones republicanas.

Mucho habéis hecho, obreros de mi pueblo, por vuestra perfección social. Cornelio de la Cueva lleva ya paraguas y bastón. Pero es preciso que hagáis más, porque tenéis derecho a ser felices y a disfrutar de las comodidades de la civilización, a ennobleceros por las acciones decorosas, por las virtudes personales y por la instrucción académica. Tenéis derecho a vivir como ciudadanos y no como esclavos ni como ilotas. Perdonad que os lo diga, porque es una verdad y la verdad debe decirse: pero mientras permanezcáis indiferentes al noble ministerio de vuestra misión social; mientras nada os importe cumplir vuestra palabra ni llevar a cabo las obras que se os confíen; mientras la taberna inmunda consuma vuestros sueldos semanales, el pan de vuestros hogares y el ahorro para los días precarios; vuestros hijos rehuyan la escuela como lugar de suplicios orientales; y derrochéis en prostíbulos y juegos de azar vuestras energías y vuestro dinero, estad seguros que seguiréis siendo los eternos parias de todos los siglos, carne de cañón para el motín y la asonada, inconscientes proveedores del placer

de los lupanares, de las gangrenas de los hospitales y de los expedientes de los juzgados del crimen.

Conservad vuestros ahorros para mejorar, y aun dignificar, vuestra condición social. La suma de virtudes ciudadanas producirá el obrero del futuro, fuerte en la acepción completa del vocablo, sano de entendimiento y apto para el triunfo de sus legítimos ideales. La aristocracia de nuestra América es la obra lenta, en su mayor parte, de los enlaces de los obreros europeos con las encumbradas criollas del trópico, de petulantes genealogías que se pierden en las noches de las Cruzadas. Las manos encallecidas en el trabajo honrado, aquí o allá, muy bien pueden recrearse, para descanso merecido y legítimo de tanto afán y tanta brega, en las pieles sedosas y perfumadas de nuestras odaliscas indígenas, resúmenes de virtudes hogareñas, breviarios de amores santos, muy dignas de compartir su tálamo y su vida con el hombre bueno y sano que les lleva el pan de todos los días, ganando decorosamente en la lucha tremenda por la existencia y el amor.

A la gloria del Libertador

Palabras pronunciadas en el acto de colocación
de la primera piedra del Monumento a
Bolívar, en el Páramo de Mucuchíes
19 de Diciembre de 1926

Es por lógica evolución de una idea feliz, nacida al abrigo del más sano patriotismo, que hoy nos encontremos reunidos, a cuatro mil metros de altura, cumpliendo el rito solemne de colocar la primera piedra del monumento destinado a la gloria del Libertador. Acaso fuese este lugar propicio a conmemorar los triunfos del progreso, y a grabar en las rocas graníticas el nombre inmortal del creador de la paz venezolana. La enorme cinta de plata que se extiende a nuestros pies, hasta perderse de vista en los dilatados confines de la patria, pidiendo está como un inaplazable concepto de justicia, el bloque de piedra virgen que diga a propios y extraños, en su mudez severa y milenaria, el homenaje de nuestra gratitud hacia el hombre fuerte y bueno a quien adeuda la nación, con crecidos intereses de bien, estos días patriarcales, desgarrados de las églogas virgilianas o moldeados en el espíritu de las sagradas escrituras.

Y así fue en su origen. Mas el austero mandatario, dando una sensata prueba de virtud republicana, declinó este homenaje de la gratitud del pueblo merideño, iniciado en las ilustradas columnas del semanario "Juan Rodríguez Suárez", vocero de los intereses de la Causa y antorcha de luz en el piélago insondable de la ignorancia y del prejuicio, declino este homenaje, señores, en el reino Caballero de la Gloria, cuyo monumento son los Tiempos y cuya Estatua de infinito talló su misma espada en el corazón de las posteridades.

Mañana, erguido y majestuoso, el monumento del páramo de Mucuchíes, levantado en este mismo sitio, dirá al viajero que lo contemple reverente, cómo es de bello el culto de los pechos nobles a sus Padres Espirituales y cómo toda simiente de amor y de justicia germina lozana en el predio abonado por el patriotismo venezolano. Pueblo en que este excelso sentimiento tenga raíces tan profundas en su siquis nacional, es pueblo fuerte y grande, capaz siempre de los mayores heroísmos y de los más grandes sacrificios por conservar incólumes, como herencia intocada, la veste inviolable de su soberanía, el respeto de sus instituciones y la integridad de sus fronteras.

Ningún homenaje más propio que éste a la gloria del Libertador Simón Bolívar. Su nombre bautiza pueblos creados por su genio y el esfuerzo de las armas colombianas; avenidas de Lutecia, Roma y Buenos Aires ostentan orgullosas su patronímico sublime; sus estatuas embellecen los parques alfombrados de flores, de las principales ciudades europeas; los sabios del mundo se inspiran en sus eternas máximas políticas, suerte del místico breviario que enseña al estadista y al guerrero, en geniales pensamientos, la regla máxima de gobernar naciones y dirigir ejércitos; y porque su fama no cabe ya en los límites del orbe, pequeño ante tanta gloria, se pide a los cielos una estrella más, por oficios de Camilo Flammarión, que tuvo entre sus muchas excelencias la de comunicarse con la divinidad, para darle el nombre más grande que han oído los tímpanos humanos: el nombre de Bolívar, libertador. En vida del caraqueño inimitable, como para asociarse a la obra de exterminar

tiranos en América, donóle Dios un espléndido regalo, presente único de la gracia divina a los grandes capitanes: ¡El alfanje libertario fue construido con acero de piedras meteóricas!

En la abrupta serranía andina, muy bien está, señores, el homenaje del austero patriota venezolano al más grande de los Conquistadores de la Libertad. Una vez en su vida, hace ya muchos años, estos mismos páramos contemplaron, absortos y mudos, pasar la silueta de don Simón el magno. Venía de la ciudad prócera, que tuvo para el héroe repiques de campanas, sonrisas de mujeres, alegría de corazones. Tuvo además dinero para su empresa libertaria, los cañones que le regalara el clérigo Uzcátegui, mozos fornidos para las cosas de la guerra, y el título único de Libertador. Por aquí pasó Bolívar con su legión epónima y con la albura inmaculada del perro Nevado, obsequio de la familia Pino de Mucuchíes. Libertador también fue el lebrel histórico, porque libertadores fueron sus compañeros de combate y porque su sangre regó los campos de la llanura carabobeña.

¡Pido señores, para Nevado, los perfiles del mármol en la Plaza Bolívar de Mucuchíes¡

Cansina y flaca la cabalgadura; flácido el semblante del viajero; hundidos sus ojos, que eran llamaradas, en las cuencas de las órbitas. ¿Quién es ese hombre, a quien no amedrantan los rigores del frío, las inclemencias de los llanos, en marchas forzadas a través de la Historia? Es Bolívar, señores, y su sombra augusta cruza todavía por los ventisqueros andinos, en la extensión enorme de la América austral.

A España le debemos el alma de Bolívar. Le debemos mucho, empero, que solo de la masa espiritual de conquistadores y quijotes, de frailes guerreros y de reyes impulsivos, podría formarse esta rara y sublime flor de la Raza, mezcla de heroísmo y de locura, de hombre de letras y militar de montoneras, de sabio enciclopédico y Creador de Naciones. Mozo de tronío y aventuras amorosas, poeta en veces, orador y literato insigne, tuvo su vida las facetas extraordinarias de una piedra preciosa. Don Juan, imberbe, con lujuriantes arrobos místicos de Teresa de Jesús; a mediados de su existencia, el ardor épico de Rodrigo Díaz de Vivar y las fazañas tormentosas de don Quijada el Bueno; y por epílogo, crucificado por todos los grandes dolores de la ingratitud y el odio, Jesús el Galileo, exhalando en suspiros, sobre el humilde jergón de San Pedro Alejandrino, el alma inmortal que no cabe, por sublime y excelsa, en la veleidosa memoria de los hombres.

Hoy el concepto patriótico ha merecido el valor que debe tener en los pueblos civilizados del orbe: La patria no es ya dragón sanguinario que se alimenta de víctimas, como lo fuera ayer, cuando las pasiones banderizas de sus malos hijos llevaban a los campos fratricidas las robustas energías del proletariado y del campesino. La patria no es la hoja toledana ensangrentada en carnes inocentes, el gesto soez de la recluta alcohólica ni el inmundo calabozo en que se purgaba amargamente el delito de nacer venezolano.

Patria es el culto sacrosanto de los héroes epónimos de nuestra leyenda heroica; patria es la vieja casona que oyó los gritos desgarradores de la madre, cuando nos dio a

luz, y los llantos inconsolables con que nos despiden para el eterno viaje hacia la muerte; patria, el pezón inmaculado que nos alimentó de niños, el beso de la novia que estimuló nuestros obscuros días de estudiantes y la yerba anónima que curó nuestros dolores. Patria es el pesebre de navidad, con sus anacrónicas escenas copiadas de la Biblia; patria es el árbol que sembramos con cariño y cuyas flores se secan, ahítas de misticismo, en el altar de la Virgen de los cielos; patria, el libro que escribimos con sangre de espíritu en las tardes lluviosas; la escuela del pueblo donde nos enseñaron a trazar los primeros garabatos y las letras del alfabeto, entre regaños del maestro y travesuras infantiles; y patria, por último, las canciones amorosas que acompañan a la guitarra andaluza en las frías madrugadas de diciembre.

Sólo tú eres grande, Don Simón, Señor de la Gloria y Caballero andante de la Libertad!

PLAFÓN*

Por
el mes
de octubre
del año de nove-
cientos treinta, cente-
nario de la muerte del Li-
bertador Simón Bolívar y muy
propicio a los certámenes, discursos,
poemas y otros excesos patrióticos, se edi-
tó este fascículo en la Imprenta de la Librería
Venezolana, en la ciudad de Mérida, en Venezuela.
Son páginas dispersas, de poco valor literario, si
alguno tienen, escritas casi todas en los co-
mienzos del siglo, y publicadas en ra-
quíticas gacetas de provincia. Im-
primió este libro el señor
Juan José Oviedo,
tipógrafo caroreño,
ducho en este
género de
acha-
ques.

* Curioso plafón que pertencía a la edición original

ANEXO

A la nueva edición

Conferencia del Dr. Carlos Chalbaud Zerpa en la Academia de Mérida, en el acto de presentación de la tercera edición del libro *Signos de Mérida y de Emilio Menotti Spósito*, del escritor Don Eloi Chalbaud Cardona, el miércoles 25 de junio de 2003.

Al comenzar su curso sobre la Filosofía del Arte, en la Escuela de Bellas Artes de París, el notable pensador, crítico e historiador francés Hipólito Taine, al dirigirse a sus oyentes, quiso pedir dos cosas: primeramente la atención de todos ellos y luego la benevolencia. La acogida que entonces le dispensaban, lo persuadía de que ambas le serían concedidas. Ello era suficiente para darles las gracias por anticipado con toda efusión y sinceridad.

Solicito yo también de vosotros la aceptación favorable, paciente y bondadosa, del difícil tema que se me ha encomendado desarrollar en esta disertación.

Vuestra presencia y el interés dibujado en vuestros rostros, también a mí me convencen de la indulgencia magnánima que me otorgaréis y, por tanto me adelanto a expresaros la más franca gratitud.

A finales del siglo XIX se estableció en Mérida con la intención de estudiar en la Universidad, un joven atormentado, de ascendencia florentina que se llamaba Menotti Spósito, hijo de un garibaldino que abandonó su país natal en búsqueda de nuevos y más amplios horizontes.

Ciro Menotti había sido un patriota que en aras de la restauración y la unificación de Italia, fue ignominiosamente ahorcado por orden de los austriacos, en 1831.

En recuerdo del mártir, muchos italianos convirtieron este apellido Menotti en nombre propio, para bautizar a sus hijos; entre ellos Garibaldi quien llamó así a su primogénito, nacido de su amada Anita en los confines de las selvas brasileñas, en 1840.

El adolescente Menotti Spósito, en el año de 1883, estudiaba en el Colegio Seccional del Táchira, y en la clase de Filología, en los días dedicados al estudio de la Urbanidad, pronunció una conferencia sobre *Los deberes para con la sociedad*, que con las charlas de otros condiscípulos fue publicada en Caracas por la Imprenta Bolívar como una ofrenda al Libertador en su primer Centenario, por disposición del Ilustre Americano, Regenerador, Pacificador y Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, General Guzmán Blanco.

En Mérida, Menotti abandonó los estudios, contrajo matrimonio, tuvo hijos, trabajó para levantar la familia y se dedicó a leer los clásicos españoles, franceses e italianos.

El segundo de sus vástagos murió ahogado en una laguna que existía en el Cerro de las Flores, frente a la ciudad, donde los muchachos iban los fines de semana de excursión, infortunio que le provocó una profunda depresión; y un día escogió voluntariamente la muerte.

En los tiempos en que el joven Menotti Spósito se había trasladado a nuestra urbe, estuvo de visita en ella el acreditado publicista colombiano Isidoro Laverde Amaya, quien dejó un libro escrito en estilo sencillo, pormenorizado y a veces poético, donde describía ciudades y pueblos por

donde iba pasando, desde el punto de vista histórico, geográfico, cultural y estadístico.

Salvo Caracas, donde se sintió muy a gusto, es Mérida la ciudad a la cual dedica mayor número de páginas. Su principal establecimiento de instrucción secundaria era la Universidad, que tenía fama en toda la República y se consideraba, después de la de Caracas, el mejor instituto de educación pública. Aun cuando no contaba para su sostenimiento sino con escasas rentas, había prestado eficaz auxilio en la tarea de ilustrar a la juventud. Calculábase en ciento treinta el número ordinario de sus alumnos. En ella se leían las facultades de medicina, filosofía, ciencias eclesiásticas y derecho civil.

Había además en la ciudad dos colegios para señoritas: uno público, establecido en 1880, y otro, privado; seis escuelas federales: tres para hombres y tres para mujeres; y dos escuelas municipales sólo para niñas. La asistencia a todos estos establecimientos podía computarse en algo más de setecientos alumnos.

Los dos colegios de señoritas habían dado muy buenos resultados.

Era innegable, decía Laverde Amaya, que el atractivo que presentaban los viajes, al menos cuando estos se verificaban por países nuevos, que carecían del adelanto material digno de fijar la atención, como lo era Mérida, consistía en las relaciones sociales que se adquirían y en el cambio recíproco de ideas, como también en la observación de costumbres y hábitos que nos eran extraños.

Pasaba con ella lo que sucedía con Bogotá hasta hacía algunos años antes. Secuestrada de la actividad y del mayor conocimiento y relaciones que procura a cualquier ciudad su proximidad al mar, vivía, como si dijéramos, aislada, independiente, recogida en el silencio y entregada a la poética sociedad de sus hermosos campos; acariciada por las frescas y fecundas brisas de la Sierra Nevada, que, a modo de poderosa atalaya colocada allí por la naturaleza, parecía resguardar con sus moles plateadas e inaccesibles, aquel encantador rincón del mundo donde se producían todos los frutos y se gozaba de un clima delicioso.

Existía una sociedad muy escogida, culta, espiritual, cuyos hábitos, sencillos y francos, inspiraban desde luego la más viva simpatía; y era lo que primero atraía, como poderoso imán, a cuantos llegaban a la escondida Mérida. Pondérase la hospitalidad de los antiguos, sin que al presente pueda decirse que aquel hermanable espíritu ha ido a refugiarse en alguna parte con el candor y la buena fe de los primitivos tiempos; pues que vayan a Mérida los que duden de que en este siglo haya pueblos que cumplan con el sagrado y benéfico deber de la hospitalidad. Los merideños eran amantes y complacientes con el forastero, y todos quisieran ser útiles en algo, para que los visitantes se llevasen el mejor y más grato recuerdo posible de su tierra.

No había entre ellos lujo, pero sí abundancia de frutos para la vida, y los pobres eran contados. El progreso material era lento y difícil, pero la cultura se extendía rápidamente en todas las clases de la sociedad. Vívese más la vida del espíritu que la que procuran el boato y las

refinadas comodidades materiales, de que tanto se pagan donde quiera en el presente siglo, y sintiéndose uno mejor en esa plácida atmósfera de sencillez e hidalguía que se infiltra suavemente en el alma, como el agua en terrenos calcinados; y encantado con la gracia y dulces facciones de las merideñas y con el amable trato que tanto las distingue: dulzura que pudiéramos decir es peculiar a la mujer venezolana, aspirando a los misteriosos efluvios de una naturaleza pródiga y cuyo clima predispone al buen humor, pasan insensiblemente las horas y los días sin que se resigne nadie a alejarse para siempre de aquellos encantadores sitios.

La viuda de Menotti, doña Mercedes Díaz de Spósito, para subsistir y educar a los hijos, tuvo que ampliar la amplia casa en pensión de estudiantes. Unos pagaban y otros no, pero todos comían el frugal sustento en la comunidad de la amplia mesa, porque la vida era barata y los alimentos no escaseaban en la pequeña ciudad.

Doña Mercedes, como lo diría Enrique Celis Briceño y lo repetiría mi padre, era refugio de los muchachos que en lejanas tierras dejaban sus hogares para venirse a estudiar a Mérida, y criaba estudiantes como quien criara pájaros y que cada seis años les abría la puerta de la jaula para que se lanzaran a volar por los senderos del mundo; y quedándole la convicción amarga de que muchas de esas avecillas jamás volverían a acordarse siquiera de las manos que les mitigaron la sed, que les calmaron el hambre y les hicieron sentir sinceros y desinteresados efluvios cuasi maternales.

El padre de doña Mercedes tenía nombre de flor, pues se llamaba Jacinto, y corazón de oro, y era también el padre de todos los pobres de la ciudad. Consagró su vida al bien de sus hermanos desvalidos y tuvo pan para el hambriento, urna para el moribundo, caricias para el desarrapado. Amaba Jacinto a Dios en sus prójimos miserables; en las flores que embalsaman los aires, con aliento de ángeles; en los trinos y gorgojeos de las avecillas de los cielos; y en los astros eternos cuyas conjunciones deciden de los ignorados destinos de la humanidad.

Por no haber muerto confortado religiosamente, las autoridades eclesiásticas le negaron la sepultura en tierra consagrada.

Su tumba, por manos anónimas y agradecidas, conserva siempre pétalos frescos y lágrimas sinceras.

El 13 de enero de 1891 nació en Mérida Gumersindo Emilio Spósito, quien al morir su padre modificaría su nombre propio, añadiendo el Menotti de su progenitor de ancestros toscanos.

Cuando Emilio vio la luz, Mérida era una ciudad pequeñita, fría y neblinosa.

Un testigo excepcional la describe entonces: En las fuertes heladas conocidas con el nombre de nevazones, dice Tulio Febres Cordero, reina en ella un frío de páramo muy intenso durante algunas horas, y tan luego como se despeja el cielo, a la mañana siguiente, la Sierra presenta un espectáculo extraordinario; las rocas y peñascos antes desnudos, las áridas pendientes próximas a la cima, las profundas hondonadas,

todo aparece cubierto de nieve; pero luego a luego los rayos del sol hacen desaparecer este exceso de nieve, hasta volver la Sierra a su estado ordinario.

Llueve mucho en Mérida, pero es cosa cierta que, en cesando las lluvias y durante los días de verano, se altera en lo general su buen estado sanitario. Los lentos pero efectivos deshielos de la Sierra Nevada, la invasión de los zancudos hasta entonces desconocidos, y la aclimatación de plantas y animales de tierras cálidas, estaban en aquel tiempo aprobando que en la temperatura de Mérida venía efectuándose un cambio notable, del que no se daba cuenta la actual generación, pero sí la que declinaba, la cual ponderaba los rigores y tenacidad de las lluvias en otros tiempos, cuando el exceso de humedad llegaba a cubrir de musgo los enlozados de las calles y zócalos exteriores de las casas.

Toda la ciudad estaba edificada de tapia y teja, predominando en la construcción de las casas más espaciosas la forma interior del claustro, con patio hermoso, plantado de bellos arbustos y preciosísimas flores. Los pavimentos eran todos de ladrillo, pero ya el lujo y la comodidad iban suavizando la dureza del suelo, sobre todo en los salones con empetatado o alfombrillas, para lo cual se usaban también con éxito, por su mayor duración, tejidos indígenas de fique, especialidad del vecino pueblo del Morro, que no por ser artefacto criollo cedía en apariencia a la mejor esterilla extranjera.

La ciudad tenía ocho calles longitudinales y veintitrés transversales, rectas, de diez varas de ancho y empedradas.

Los edificios notables estaban en torno a la Plaza Mayor que ya llevaba el nombre de Bolívar y eran la

Catedral con una alta y vistosa torre de mampostería, el Palacio Municipal edificado en el mismo sitio donde existió la Casa Consistorial en tiempos de la Colonia y el local de la Universidad de Los Andes que constaba de aulas, una biblioteca, un Gabinete de Historia Natural, un Museo y un Jardín Botánico.

La apacibilidad de la ciudad bucólica y estudiantil fue quebrantada una mañana por inusitados disparos de fusil. Mi abuelo Esteban Chalbaud Cardona se lanzó a la vida pública, dando el grito revolucionario merideño contra el gobierno continuista del presidente Andueza Palacio. Bajo la bandera del legalismo, descendió desde la Hacienda Lourdes con sus tropas, situada en la otra banda de los ríos Mucujún y Chama, atacó a la población y tras unos tiros y un mutuo acuerdo con el Presidente del Estado de Los Andes, ambos se unieron enarbolando el mismo estandarte. Secundaba así mi pariente al General Joaquín Crespo quien en el sitio de "Jobo Mocho" derrotó a las fuerzas gubernamentales y el presidente continuista huyó al extranjero y Crespo tomó a Caracas.

El caudillo merideño mereció entonces ser nombrado Comandante de Operaciones de Los Andes y Jefe Civil y Militar del mismo grande Estado.

A medida que Emilio iba creciendo, compartía su tiempo entre los estudios de Ciencias Políticas en la Universidad y la lectura de las más variadas y abstrusas materias; algunos de estos libros habían pertenecido a su malogrado padre: obras de Víctor Hugo, Balzac, Chateaubriand, Lamartine

y Fenelón; algo de Voltaire y Rousseau; Dante, Bocaccio, Manzoni y Maquiavelo; Goethe y Schiller; Tolstoi y Gorki; Shakespeare, Milton y Defoe; Cervantes, Quevedo, Góngora y Lope de Vega; sin olvidar a Kempis, Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Su curiosidad le hizo leer a Gautier, Flaubert y al parnasiano Charles Leconte de Lisle, quien había escrito una obra titulada *Poemas Bárbaros* que le serviría más adelante de inspiración.

Baudelaire fue para él, con su obra *Las flores del mal*, una turbia fuente, donde habían bebido los trasnochados simbolistas de las primeras décadas del siglo veinte, cuya poesía llegó a Mérida con media centuria de atraso en desafortunadas traducciones.

Al igual que al poeta y compañero Raúl Chuecos Picón, le eran también familiares Edgar Allan Poe, Walt Witman, Amado Nervo y por supuesto Rubén Darío.

No es una casualidad que también conociera las *Odas Bárbaras* de Giosué Carducci.

Por extraña coincidencia, el padre de Raúl también se le había fugado a la vida por la franca puerta del suicidio.

Pero además de la literatura universal donde estaban presentes griegos y romanos, y gran parte de la venezolana, también se instruía en historia, geografía, fotografía, óptica y ciencias naturales.

Todos estos conocimientos estaban alojados en su privilegiado cerebro, en su devenir de vida inquieta, de

su temperamento inestable, de su dejar las cosas a medio hacer, como se observa en sus versos y prosas inacabados, que se han quedado en el arranque inicial y que, no por truncos, dejan de tener elegancia y originalidad.

Fue escritor de talento innegable; poeta a ratos; prosista en ocasiones; cuentista alguna vez; ensayista casi siempre. Emilio, como lo decía mi padre, no logró nunca plasmar la figura necesaria para encasillar en determinada especialidad. Tuvo una vida constante y azarosa. Y así fue su obra: miscelánica y dispersa.

Era bibliógrafo, librero excepcional, funcionario público, profesor de mineralogía y geología en el Liceo de Mérida y catedrático de la Universidad de Los Andes.

Oficios y profesiones que desempeñó desordenadamente y sin llegar a profundizarlos.

Estuvo preso, en 1913, en el tenebroso Castillo de San Carlos en Maracaibo por travesuras juveniles a los 22 años. Luego de salir en libertad deambuló por Caracas, la Isla de Margarita, El Tocuyo y Barinas, para volver a la ciudad natal donde vivió la última década de su existencia.

Como su padre, había sido andariego, peregrino y huésped del mundo.

El escritor Neptalí Noguera Mora, quien bien lo conoció, lo definió como poeta en la vida y en la obra. La Universidad lo hizo abogado. La necesidad lo convirtió en mineralogista, librero, impresor, oculista y duende. Exploró y escribió sobre las industrias domésticas de Margarita, sobre

las minas de mercurio de Carora, sobre los minerales del estado Mérida. Anduvo a pie, a caballo y en camión por la mitad de los caminos de la patria. Su "Librería Venezolana" en Mérida y en el Valle, de Caracas, fue cofre de joyas bibliográficas y tertulia de amigos y transeúntes. Murió en su Mérida nativa, con una esmeralda pálida de Mucurubá sobre el anular rugoso del viejo poeta explorador.

Durante cuarenta años fundó, dirigió o redactó en Mérida doce periódicos. En interesantes opúsculos denominados *Ediciones de la Librería Venezolana* publicó obras de otros autores sobre exploraciones mineras y riquezas de Venezuela, así como los *Esbozos de Venezuela* (Isla de Margarita y el Delta del Orinoco y sus habitantes) de Andrés A. Level, los *Principios para la Materia Médica del país*, por José María Benítez, ilustre médico venezolano, la *Medicina Rural* de José Antonio Díaz y un estudio sobre la planta del caucho.

Al abrir las páginas de *Desde la Sierra*, su periódico de juventud, aparecido en 1911, y que sostendrá durante largos años, encontramos que al lado de unos versos, de un editorial, de un cuento o de una lección de mineralogía aplicada a Venezuela, hay un aviso donde se ofrece como oculista o también como vendedor de tintas para teñir telas de vestir, mientras que en otras ocasiones es agente propagandista de otras especialidades como la enocianina española, que con la cantidad comprada con cuatro pesos podían fabricarse mil litros de excelente vino.

Fue dueño también de un Salón Artístico que vendía marcos para retratos y espejos, y agente en Mérida de las

Escuelas Internacionales de Caracas con sus cursos por correspondencia de ingeniería, dibujo, comercio e inglés.

Aficionado a la mineralogía, no se consideraba minerólogo y mucho menos geólogo, sino un simple guardaminas que había leído mucho sobre la materia y tenía contactos personales y epistolares con otros expertos como Juan Carlos Alzáibar, con quien compartía muestras e informaciones. En las entrañas de la mica, el cuarzo y el granito, Emilio conseguía granates y berilos esmeraldinos, formados en las cumbres de los páramos y en las torrenteras de las montañas, gracias al milagro de la milenaria cristalización.

Había adiestrado a campesinos discretos y sagaces de su confianza, silenciosos como las serpientes, a proveerlo de ciertas rocas amarillo-verdosas procedentes de Timotes, del pico del Bartolo en Mucuchíes y de la cantera del Cerro del Carmen en los aledaños de Mérida, que velaban las placas fotográficas y ponían a saltar un rudimentario contador de Geiger que poseía el Dr. Carlos Edmundo Salas en los laboratorios de la Universidad; eran uranofanos y pechblendas que recordaban a Emilio las observaciones hechas en Francia por Becquerel y los esposos Curie.

Estudió las minas de magnesita en la Isla de Margarita, un rico venero de mercurio en las cercanías de Carora y otro en las montañas de Aricagua, ya descubierto por Monseñor Jáuregui, yacimientos de plomo en Mucurubá y de mármol en Quirorá.

De sus incesantes exploraciones quedarán seis libros sobre estos afortunados hallazgos: *Las esmeraldas*

de Venezuela, *Mapa mineralógico del estado Mérida*, *Los minerales del Museo de Mérida*, *Lecciones de mineralogía aplicadas a Venezuela*, *Piedras preciosas y semipreciosas de Venezuela* y *Estudios científicos sobre yacimientos minerales venezolanos*. En varias carpetas, dejó también los originales de una obra titulada *Materias primas de Venezuela* y un pequeño museo de minerales y piezas indígenas.

Si a todo esto añadimos que fue abogado en ejercicio, magistrado probo, optometrista de aciertos, ensayista de talento, periodista constante y agudo cronista, llegamos a la conclusión de que todos estos atributos son superiores al título de poeta con el cual corrientemente se le califica.

Dejó impresos, en libros, periódicos y revistas, *Cantos Bárbaros* (versos de denuncia social), *Motivos lugareños* (ensayos), *Apostillas históricas*, el *Semanario de Prometeo* (Descripciones y semblanzas); *Las confesiones de un prófugo*, relatos autobiográficos de cuando fue inexplicablemente maestro de escuela en San Juan Bautista, una lejanísima aldea, allende la laguna de Santo Cristo en el páramo de Sinigüis en la conjunción de los valles de La Mucuy y Gavidia, a donde se llegaba por una escarpada trocha que partía de la población de Tabay y se perdía en el pie de sierra distante, y la *Prensa en el estado Mérida*. Tanto en vida como después de fallecido, personas que le conocieron le endilgaron los más absurdos epítetos y los mas disparatados calificativos. Se le dijo agnóstico y hereje sin ninguna razón; se le acusó de bohemio en el sentido peyorativo del vocablo; y si algunas ocasiones lo fue, entre sus íntimos amigos, al calor de gratas conversaciones, animadas con música de cuerdas

en una casa campestre y una copa de buen vino, era una bohemia siempre decorosa; porque antes que un holgazán dedicado al *dolce far niente*, llevaba a su hogar el sustento diario gracias a las múltiples actividades, donde se destacaba como librero en la más amplia y noble acepción de la palabra, para mantener una vida respetable, sin pedirle nada a nadie. Era un intelectual independiente que ejercía sus múltiples profesiones sin fijeza y sin someterse a todas las exigencias de la sociedad; pero nunca un "poeta maldito" como se le quiso eventualmente denominar, porque como poeta tal vez fuera pesimista, inconforme y escéptico, trasunto de un romanticismo ya sepultado entre evocaciones parnasianas, modernistas y nativistas, en un medio pequeño y aislado geográficamente, circunscrito por cerros y montañas.

Desde la llegada a la colonial ciudad de Mérida del primer obispo, Monseñor Ramos de Lora, siempre hubo entre la autoridad eclesiástica, clerecía y feligreses, antagonismos, inquinas y enemistades.

Y Mérida, como nos lo diría en una memorable ocasión el sacerdote Eccio Rojo Paredes, siempre ha sido así: inconfundible y diferente. Altanera y humilde. Divina y humana. Munífica y cicatera. Abierta y cerrada. Conforme e inconforme. Lenta y ágil. Heroica y regalada. Volteriana y creyente…Como quien dice, una ciudad de contraste. Quién sabe si los ciudadanos ilustres, que la vieron crecer y desarrollarse a lo largo de siglos, tuvieron la clave para la exacta interpretación de Mérida.

Qué de cosas no nos revelarían si pudiesen hablar, los retratos de los ilustres prelados que rigieron el báculo

pastoral de la grey, hoy colocados en el Salón del Trono del Palacio Arzobispal.

Ramos de Lora, acosado por los escándalos de clérigos disolutos, despreciado por la arrogancia del incipiente mantuanaje y desobedecido por los administradores y mayordomos que cuidaban de los bienes eclesiásticos, se resignó a llevar una vida casi absolutamente retirada, reducido al encierro de su casa, y ni aun atreverse a ir, como inicialmente acostumbraba, a su Iglesia Catedral.

El ilustrísimo obispo Torrijos, que trajo consigo una voluminosa biblioteca de tres mil volúmenes, un reloj de pared, un órgano, aparatos de física e instrumentos para practicar la alquimia, fue acusado de haber amado más sus libros prohibidos y a sus máquinas que al verdadero servicio divino; y como falleció repentinamente, a los cortos meses de su llegada, sin haber recibido los Sacramentos, los merideños inventaron la conseja de que su alma en pena realizaba nocturnas apariciones.

El obispo Hernández Milanés no tuvo mejor suerte. Debió enfrentarse al Precursor Miranda en Puerto Cumarebo, cuando se hallaba en visita pastoral, y fue excitado por éste desde La Vela a tomar partido digno de un prelado americano. Temiendo ser atropellado en su dignidad por hombres del invasor, resolvió huir a Barquisimeto, sin equipaje y con solo la compañía de tres personas. Finalmente, después de recorrer más de ciento treinta leguas por peligrosos caminos, pasar por muchos trabajos y sufrir muchas penas corporales sin dar lugar a

descanso, llegó a Carache donde dio paz a su espíritu y reposo a su doliente humanidad.

Y así como se enfrentó a Miranda, la emprendió también contra las damas merideñas que dejaban ver ciertos encantos, contra los esguinces del valse, los juegos de envite y azar, las danzas de los negros en las procesiones, las parrandas en los velorios y contra los clérigos disolutos, jugadores y aseglarados convertidos en mercaderes y arrendadores de los diezmos. Dudas y contradicciones tremendas se le presentaron cuando los patriotas, en 1810, dieron el golpe de estado y tomaron el Gobierno, y le obligaron a asistir a los actos de la Junta Gubernativa, jurar la nueva constitución, bendecir banderas y cantar tedeums.

El terremoto de 1812 lo sepultó en la casa que fungía de Palacio Arzobispal y quizás le evitó rendir cuentas, ya fuese a los republicanos o a los realistas, en el vendaval desencadenado un año más tarde por la guerra a muerte.

Monseñor Lasso de la Vega, luego de su consagración se residenció en Maracaibo, donde construyó la catedral y el edificio del seminario. No fue bien aceptado por los merideños, quienes veían como una ofensa su separación de Mérida para aposentarse en la ciudad lacustre, cuando estaba decretado por la Corte de España "que la Silla Episcopal residiese en Mérida, mandando a imponer perpetuo silencio a la ciudad marabina sobre el derecho de preferencia". Además, como enemigo jurado de la Independencia Americana, había catalogado públicamente la insurrección contra el legítimo monarca español como un gravísimo pecado mortal, digno

de los peores castigos y las penas infernales. Posteriormente, ante la realidad de los hechos, abrazó la causa de los independientes y para explicar este diametral cambio de rumbo ideológico publicó un folleto sobre la modificación de su conducta.

Restablecida en Mérida la Silla Episcopal, deseó vehementemente quedarse en ella, pero fue trasladado a Quito, donde falleció tal vez antes de la hora marcada por la naturaleza, según se dijo víctima de un crimen imputado a los frailes de un convento, de relajadas costumbres.

El obispo auxiliar Arias, de convicciones patriotas, sufrió persecuciones, enjuiciamiento, prisión y destierro por parte de los realistas; y posteriormente falleció en el camino del exilio por orden del Gobierno del General Páez y las intrigas de los merideños Don Juan de Dios Picón, Gobernador de la Provincia y el Dr. Ignacio Fernández Peña, Canónigo Magistral de la Catedral emeritense y futuro Arzobispo de Caracas.

Un hecho lamentable vino a ensombrecer el gobierno del obispo Unda, como fue el escándalo protagonizado por el cura párroco de la Iglesia Catedral, quien fue acusado ante el Juzgado competente por mutilación de su amante, concubinato incestuoso, embriaguez consuetudinaria y dedicación al juego.

La salud quebrantada del Señor Unda y el brusco cambio de clima de las pampas llaneras, extremadamente cálidas, al ambiente frío y húmedo de las alturas merideñas de entonces, lo llevaron pronto a la tumba.

En su larga prelatura, el obispo Bosset hubo de enfrentarse a las autoridades universitarias con relación a la separación de los bienes del seminario y el Alma Mater; debió encarar problemas de disciplina y obediencia con los propios sacerdotes de su diócesis, que le produjeron días de amargura y tribulación, y le obligaron en una oportunidad a tener que asilarse en Trujillo, mientras en Mérida, a través de la prensa se le disparaban rayos y centellas, cuando trató de imponer sanciones a frailes desarreglados en su vida; y grandes conflictos contra los presidentes generales José Tadeo Monagas y Guzmán Blanco hasta morir en un páramo desolado, cuando muy enfermo lo llevaban en andas hacia el destierro.

El obispo Lovera vivía en una ausencia constante de la capital diocesana, no solamente por su extremado celo por la catequesis, sino por estar siempre asediado por un capítulo eclesiástico de godos, que no veían con buenos ojos la tez morena del prelado y sus sentimientos liberales, haciéndole la vida insoportable al pie de la Sierra Nevada e ir a fallecer en Carora, a su regreso de una visita a su pueblo natal.

Un encuentro muy serio tuvo Monseñor Lovera con varios sacerdotes y catedráticos universitarios, cuando prohibió las procesiones de Semana Santa, que se realizaban en horas nocturnas y eran motivo de abuso y faltas contra la moral, amparados por el apretujamiento y la oscuridad. El señor Obispo fue catalogado de hereje e iconoclasta al pretender poner orden y disciplina. Hubo polémicas por la prensa dirigidas por el Dr. Juan Nepomuceno Pagés Monsant, después rector de la Universidad.

En cuanto al obispo Silva, por su carácter fuerte y autoritario, en algunos períodos de su pontificado fue perseguido, calumniado, injuriado y traicionado por sus propios sacerdotes y feligreses.

Era una mano de hierro enguantada en seda y no daba su brazo a torcer.

Un lamentable escándalo eclesiástico ocurrido en la diócesis en 1913, que dividió al clero y a la grey en dos bandos irreconciliables, llevó a la cárcel a uno de los prebendados en quien el Sr. Silva tenía puestos todos sus afectos y toda su confianza, hasta verlo morir en la lúgubre prisión de La Rotunda tras largo cautiverio.

En el doloroso conflicto, se enfrentaron al prelado catedráticos universitarios, intelectuales, juveniles, figuras políticas locales, miembros de la sociedad, clérigos, monjas e incluso hasta el propio deán de la Catedral.

Da la impresión que el excelentísimo mitrado no asimiló la dura lección, porque a la usanza de su antecesor Milanés, arremetió en 1924 en sendas cartas pastorales contra las modas indecentes, la incalificable desnudez con que muchas mujeres se presentan en las calles, en los salones, en los templos y la nefanda pretensión de recibir en tal estado los Santos Sacramentos. Contra las falsas mangas y falsos cuellos para ir a confesarse y comulgar ya que aquel modo de proceder mostraba una ausencia completa del sentido moral, lo que hacía pensar que estaban poseídas de un orgullo satánico; y contra los protestantes, criticando y nombrando por sus nombres a honorables

personas que habían asistido a algunas conferencias y actos del falso culto herético.

Entre ellas denunciaba públicamente a la señora Mercedes Díaz de Spósito y a su hijo el abogado Emilio Menotti Spósito, por haber comunicado *in divinis* con los herejes, apadrinando a un niño bautizado en el culto protestante e incurriendo en actos contrarios a la fe católica.

Las cartas pastorales fueron publicadas en el *Boletín Arquidiocesano* y en el diario *El Vigilante* y leídas en los púlpitos de la Catedral Metropolitana y de las iglesias de la arquidiócesis, lo que obligó a los acusados a retractarse públicamente, con la excepción de Emilio y su señora madre.

No era, pues, tan tranquila e idílica la ciudad, como la habían pintado Laverde Amaya y Febres Cordero, en sus bellas descripciones finiseculares.

Como honra y prez, para hacerlo más notable, se le quiso considerar enemigo del General Juan Vicente Gómez.

Esto no es cierto.

En las palabras que colocara en el acto de la instalación de la primera piedra del Monumento a Bolívar, en el alto del páramo de Mucuchíes, el 19 de noviembre de 1926, a cuatro mil metros de altura, al referirse al General Gómez, Emilio decía que acaso fuese aquel lugar propicio a conmemorar los triunfos del progreso, y a grabar en las rocas graníticas el nombre inmortal del creador de la paz venezolana. La enorme cinta de plata, la carretera

transandina, que se extendía a sus pies, hasta perderse de vista en los dilatados confines de la patria, pidiendo estaba, como un inaplazable concepto de justicia, el bloque de piedra virgen que dijera a propios y extraños, en su mudez severa y milenaria, el homenaje de nuestra gratitud hacia el hombre fuerte y bueno, a quien adeudaba la nación, con crecidos intereses de bien, los actuales días patriarcales, desgarrados de las églogas virgilianas o moldeados en el espíritu de las sagradas escrituras.

A confesión de partes, relevo de pruebas.

Mi padre, Eloi Chalbaud Cardona, era doce años menor que Emilio. Transcurrió su niñez y su adolescencia en Mérida, en la casa solariega de sus antecesores, en la esquina oriental de la plaza Bolívar, diagonal con la Catedral; circunstancia esta que le permitió conocer y tratar a todas las personas importantes relacionadas con la universidad, la casa gubernamental y el palacio episcopal (sabios, políticos y clérigos), para grabar en su prodigiosa memoria hechos, situaciones, intereses, pasiones y preocupaciones que le permitieron escribir la crónica y la historia de la pequeña ciudad adormentada en las faldas de la serranía; fue un periodista combativo y temido por sus editoriales, impregnados de mordacidad y escritos en el más castizo castellano.

Residenciado temporalmente en Caracas junto a su progenitor, General de División, Gobernador de Mérida y luego Senador de la República, comenzó a estudiar Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela entre los años de 1920 a 1924 que prosiguió en la de Los Andes,

cuando regresó a nuestra ciudad. Entonces, junto al poeta Raúl Chuecos Picón, fundó el semanario *Juan Rodríguez Suárez* que circuló por tres años. Tenía veinte años de edad y fue cuando conoció e hizo amistad con Emilio y que duró toda la vida. Para ese tiempo ya se temía a la pluma de mi padre en su solar nativo. Más tarde, en 1932 fundaría un diario excelente llamado *El Occidental*. Para esa época vino a estudiar a Mérida un mozo alto y desgarbado llamado Felipe Massiani, quien escribiría posteriormente un bello libro denominado *Geografía espiritual*. Allí describe a mi padre magníficamente en un capítulo que tituló "Un montañés".

Por las calles largas, cargadas de pasado, de esta villa montañesa y colonial va y viene el ajetreo vital de este hombre de acción. Una franca alegría de vivir se le desborda a él que para contraste ha de ganarse este vivir palmo a palmo. El mendrugo, la angustia de todos, le preocupa, y no le preocupa del todo, a esta extraordinaria criatura, que despliega el lujo de olvidarse de la pitanza a la hora en que los más se afanan en la conquista de las vías luminosas.

Es un hombre alegre, eufórico, este hombre enjuto, con su rostro de fraile batallador y humorista. Esta es la cara alargada, afilada, sobria de carnes, con el rosado colorcillo serrano, frecuente por estas tierras altas; no olvidemos que este personaje de borrascas y de resacas se ha pasado sus buenos tiempos castigándose el cuerpo con el flagelo de los páramos venezolanos.

Estupenda, gitana vida de rompe y rasga de este mozo parameño, de picardía y espumante malicia en los ojos.

Aquí le tienen en la mañanita paganamente azul, de este cielo grave, frecuentemente aquejado de neblina. A esta hora le están esperando en el hogar la esposa y los tres chicuelos; esperándole el potaje escaso, todavía de ganar. Pero el hombre humanísimo, adorador infantil de los "críos", está haciéndole el chiste a esta ciudad tranquila y friolenta, a su decoración secular de Sierra, al gruñido eterno, hombre viejo de todas las épocas, y al forastero que, acabado de llegar, ríe ya camaderil con este lugareño acogedor. Que a todo el mundo zahiere, brava y alegremente, este guerrillero de la palabra.

Paradoja, colmada de veracidad humana la vida azarosa de este gratísimo ciudadano montañés. Baltasar Gracián, maestro frío y sereno, agudo y analizador, le habría placido la verbosa presencia compañera de este hombre, en la ciudad serrana.

Al igual que Massiani, Emilio visitaba nuestro hogar cuando yo era un niño; y tanto por mí como por mis hermanos y mi madre, sentía especial afecto.

Cuando mi padre dirigió el diario *Crítica* en Caracas, entre 1938 y 1940, en la ciudad reducida y sosegada que era la capital de Venezuela, veíamos con frecuencia al noble amigo Emilio, quien vivía en la Calle Principal de El Valle, donde tenía establecida la Librería Venezolana.

Para nosotros se llamaba Emilio Spósito, a secas; y siempre tenía la cabeza colmada de esmeraldas y libros elzevirianos.

Al ser derrocado el General Medina Angarita, mi padre, obligado por la necesidad, pues hasta ahora había sido diputado al Congreso Nacional por Mérida, volvió con nosotros a esta ciudad. Durante los regímenes del Coronel Carlos Delgado Chalbaud, su primo, y del General Marcos Pérez Jiménez, casado con su sobrina, prefirió por íntimo convencimiento permanecer prudentemente marginado.

Emilio estaba igualmente instalado en Mérida, en la calle Lora, asistido por su señora madre con su óptica, su librería, su pequeño museo y dedicado además a clasificar rocas uraníferas que emanaban misteriosas radiaciones.

Otro amigo de ambos, de afecto profundo y perdurable vivía también en la urbe. Era periodista y escritor y se llamaba Adolfo Altuve Salas.

Al referirse a mi progenitor, decía Adolfo en un vibrante discurso:

Eloi se ha distinguido en todos los campos de la lucha por el bienestar de la sociedad de la que hace parte. Y en esa batalla ha sembrado hitos que permitirán su identificación como una de las más recias personalidades del presente en Venezuela.

Supo cuidar del decoro de su nombre en las épocas difíciles, cruentas, de la tarea de reconstrucción, de una república democrática, libre y amable habiendo podido llegar por conocidos nexos a posiciones muy elevadas; en aquella orgía de oprobio, prefirió padecer la agonía de todo creador, y aportó su valor civil, los frutos de su inteligencia

y el sacrificio de su comodidad y la exultación de su pobreza. Entregó cuanto podía de sí para que los hombres que manejaban los hilos invisibles de la rebeldía contra el crimen, contra la violencia estatal, contra la arbitrariedad, pudieran llevar adelante el propósito de rectificación y de sustitución de aquellas negras páginas de la historia, por otras, de elocuencia singular que afortunadamente se han ido consolidando.

Y esto, señores académicos, hay que decirlo en una ciudad universitaria que parece haber perdido la memoria.

A principios del año 1963, el Magnífico Rector de la Universidad de Los Andes, Dr. Pedro Rincón Gutiérrez pidió a mi padre escribir una semblanza biográfica de Emilio. Así nació, en la Colección Ediciones del Rectorado, la obrita *Signos de Mérida y de Emilio Menotti Spósito*, concentrada, agradable, de buen sabor, pura y espirituosa, como una copa de buen brandy español sostenida entre las manos, en una tarde neblinosa y fría. Para aquel año, Emilio hacía más de dos lustros que había dejado este mundo.

En 1967, Adolfo Altuve Salas recopiló los mejores trabajos de Emilio, que fueron publicados en un volumen de la Colección de Autores Merideños con el título de *Obras Selectas*, que trae como epílogo el ensayo de mi padre, cuya tercera edición hoy presentamos gracias al interés y la generosidad de sus hijos y nietos encarnados en Régulo Atila y José Luis. Ellos, dignos sucesores de tan polifacético y admirable personaje, son acreedores de nuestro reconocimiento.

Emilio falleció en nuestra ciudad el 27 de enero de 1951 en el Hospital Los Andes. Su ingreso, a una pequeña habitación del servicio privado de la institución fue dificultoso cuando se agravó, porque había que depositar doscientos bolívares en la administración como requisito indispensable; y ni el enfermo ni sus allegados los tenían. Doscientos bolívares eran entonces mucha plata.

Mi padre y otros amigos recogieron la cantidad. Este fue el precio de su muerte.

Al velorio concurrieron sus íntimos y admiradores, especialmente estudiantes, quienes brindaron por su tránsito de ultratumba, a través de la laguna Estigia, con el mejor ron que destilaban los lejanos trapiches de tierra caliente, que él en su juventud obsequiaba a sus contertulios, como lo recordaba Mariano Picón Salas.

El día del entierro Mérida amaneció ataviada con el tricolor nacional. No era por la muerte de Emilio, sino porque habían llegado a la villa los miembros de la Junta de Gobierno: Dr. Germán Suárez Flamerich y los Tenientes Coroneles Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez.

El Gobernador de entonces, el Dr. José Ramón Barrios Mora, hizo embanderar las casas a la fuerza.

Para él, Primer Magistrado Regional, la presencia de los militares acompañados del insulso presidente civil, era ocasionalmente más importante que el deceso del escritor merideño, pese a que se preciaba de intelectual

y había escrito un libro sobre la historia de la literatura venezolana.

Quien os habla, muchacho estudiante, asistió al sepelio acompañando a su padre, cuya oración fúnebre, fogosa e improvisada, fue una admonición violenta y cruda, sobre las circunstancias contradictorias que vivía la población en aquella tarde primaveral, clara y asoleada, en el cementerio de El Espejo, frente a la montaña engalanada, no con banderas, sino con sus cúspides nevadas.

CONTENIDO

Prólogo a la segunda edición	7
Las vidas	19
Puesta de sol	21
Instantánea	23
La única sonrisa	25
Al oído	27
La venganza de las alas	29
El automóvil	31
Suicida	33
Mancha aldeana	35
Página gris	37
Lienzo campestre	39
La muerte de Don Quijote	41
Del éxodo	43
Página íntima	47
El gato de la penitenciaría	49
El cuervo	51
La carta del tío	53

SILUETAS

Manuel, el bachiller 59
El misántropo 61
El beato 63
El funcionario 65
El pordiosero 67
El poeta 69
El justo 73
El hipócrita 77

APOSTILLAS HISTÓRICAS

I El mono araguato 83
II Sangre azul 85
III El arte de mandar 87
IV El espíritu de los manantiales 89
V La conquista 91
VI Don Juan de Calatayud 93
VII El periodista 95
VIII Humboldt mundano 99

ORACIONES PROFANAS

El obrero 105
A la gloria del Libertador 109
Anexo a la nueva edición 119

La segunda edición de *Motivos Lugareños. Apostillas Históricas*, de Emilio Menotti Spósito, compilada por Luigi López, con un tiraje de 500 ejemplares, se terminó de imprimir en junio de 2008, en los Talleres Gráficos Universitarios, ULA, Av. Andrés Bello, antiguo Central Azucarero, La Parroquia, Mérida, Venezuela.

El presente libro está conformado por personajes y sucesos de la vida cotidiana de la Mérida de comienzos del siglo pasado. Don Emilio Menotti Spósito, a través de sus cuentos, nos introduce en el túnel del tiempo y desde ese privilegiado balcón, como lectores, descubrimos la sociedad, las costumbres y las atmósferas que hacían la vida de la ciudad que él vivió. Desde la escritura-texto, él asume la posición del testigo que sin mayores pretensiones retóricas y con un lenguaje coloquial y sencillo –incluso haciendo uso de palabras en desuso o arcaísmos– cuenta la limpia anécdota o acontecimiento, sin intervenir para analizar o adornar el cuento. Revela en el papel una especie de ejercicio fotográfico, pero a través de la memoria escrita; sin la aspiración preestablecida de ir al encuentro de un lector del futuro, tan lejano en el tiempo como el presente siglo XXI.

ISBN 980111189-4

9 789801 111894